

LA CREACIÓN DE LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN DE LOS BELIGERANTES EN ESPAÑA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL¹

Fernando GARCÍA SANZ²

RESUMEN

España declaró su neutralidad cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Pero desde el primer momento, atendiendo a sus propios intereses matizó en favor de los aliados esta posición internacional. La generalizada creencia de que la guerra iba a ser breve hacía operativa esta política al igual que el objetivo que España pudiera convertirse en mediador de la paz. Los verdaderos problemas para España comenzaron cuando se derrumbó la perspectiva de una guerra breve. Por un lado, una guerra sin fecha final previsible hizo de los neutrales, particularmente de España, un factor fundamental para el sostenimiento del esfuerzo bélico. Por otro lado, el inicio de

¹ Este artículo sintetiza mis investigaciones precedentes dedicadas a este mismo tema, recogidas, entre otras, en: *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014; “Información, espionaje y contraespionaje en España durante la Primera Guerra Mundial: esquema del modelo italiano”, en *Revista de Historia Militar*, a. XLIX (2005), N° Extraordinario, pp. 147-178; “España y la Primera Guerra Mundial: síntesis de la política exterior durante la Restauración”, en *España entre Repúblicas 1868/1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*. Col. Cuadernos de Archivos y Bibliotecas de Castilla-La Mancha, nº 9, 2 vols., vol. II. Guadalajara, ANABAD Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial de Guadalajara, 2007, pp. 703-724.

² Investigador Científico. Instituto de Historia. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

la guerra submarina sistemática por parte de los alemanes hizo que la posición geográfica de España deviniese para los aliados en objetivo estratégico de primer orden. Ambas circunstancias fueron, en principio, las razones que espolearon la necesidad de crear en nuestro país unas estructuras de información y contraespionaje que combatieran a los alemanes en todos los terrenos. Así, España se convertirá en un segundo frente de combate, un frente secreto de la guerra entre los servicios secretos de los países beligerantes.

PALABRAS CLAVE: Primera Guerra Mundial. España. Francia. Gran Bretaña. Italia. Servicios de Información. Servicios secretos. Espionaje.

ABSTRACT

Spain declared its neutrality when the First World War broke out. From the first moment, though, attending to its own interests, it relativized in favor of the Allies this international position. The widespread feeling over a short conflict made this policy effective, as well as the objective for Spain to become a peace-mediator. Spain's real problems came when the prospect of a short war crumbled. On the one side, a war with no foreseeable end made of the neutrals, particularly of Spain, a fundamental factor for sustaining the war effort. On the other hand, the commencement by Germany of a sustained submarine warfare made Spain, thanks to its geographical location, a first rate strategic objective. Both circumstances were, initially, the reasons behind the need to create in our country an information and counterintelligence structure to fight the Germans in all fields. So, Spain became a second war front, a secret front of the war among the belligerent countries' secret services.

KEY WORDS: First World War. Spain. France. Great Britain. Italy. Information systems. Secret services. Espionage.

* * * * *

Una humorística e irónica columna escrita por Julio Camba bajo el título «En España no se puede ser ruso», publicada en *El Sol* del 1º de diciembre de 1918, incidía en la cantidad de súbditos de ese país que estaban siendo detenidos por la policía española: «Un extranjero, preso en la cárcel Modelo, se dirige a los periódicos protestando contra su detención. “Soy un ciudadano ruso -dice- y no he cometido ningún delito”

¡Un ciudadano ruso que no ha cometido ningún delito!... la contradicción salta a la vista. Es como si dijera “un homicida que no ha matado a nadie”, o “un ladrón que no robó nunca”. ¿Le parece poco delito al señor Weissbein el hecho de ser ruso?» No se trataba de un hecho aislado denunciado por Camba, sino la narración de un caso concreto que remitía a una situación general que llevaba ya mucho tiempo encontrando su eco en la prensa. La policía española estaba poniendo especial celo en controlar a todos los emigrados o expulsados de los países beligerantes en la Gran Guerra que tenían su origen no sólo en Rusia, sino en cualquier país del Este de Europa, «Ignoro en qué artículo de nuestro Código penal se condena la ciudadanía rusa, y por eso no le doy el número al señor Weissbein. Lo cierto, sin embargo, es que en cuanto la policía española sospeche que alguien puede ser ruso, le busca y le detiene». El miedo en España, antes y después de terminar la guerra, radicaba esencialmente en el peligro que suponía la extensión y contagio de la revolución rusa. Se multiplicaban las iniciativas «bolcheviquistas» y «maximalistas». En noviembre de 1918 se publicaba en Barcelona, efímeramente,³ *El Maximalista*, en torno al cual se situaban distintos personajes que durante la Guerra habían figurado también en la órbita del entramado de la propaganda alemana, como Camilo Boix, León De Roc, Enrique Tubau, etc. No era difícil deducir que para los alemanes podía resultar de interés debilitar a los vencedores sosteniendo determinada propaganda que ayudase a desestabilizarlos. El 19 de diciembre se creó en Madrid el semanario anarquista *El Soviet* dirigido por Miguel Pascual. El manifiesto que anunciaba su salida a la calle se proponía la lucha contra la persecución y detención de aquellos que habían cometido el delito de «haber nacido rusos», apelando a la solidaridad de todos los trabajadores en la defensa de los «hermanos rusos». El manifiesto venía firmado por el *Grupo Espartaco*, del que formaban parte, entre otros, además del director del semanario, Ángel Samblancat, Alfonso Vidal y Planas y Antonio Herreros. Estas y otras publicaciones de este estilo, por lo general de vida corta, ponían de manifiesto el estado de efervescencia en el que se vivía en aquellos momentos.

A principios de diciembre cayó el Gabinete de García Prieto siendo sustituido el día 5 por el conde de Romanones quien asumió también la cartera de Estado. Él mismo presentó aquella nueva situación como una forma de marcar la línea netamente aliadófila de España. Romanones nombró a José Morote y Greus, hombre de confianza, diputado y ex-gobernador civil de Barcelona, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros. Eran muchos los

³ La publicación salió a la calle el día 4 de noviembre y el día 18 fue suspendida por orden del Capitán General, Joaquín Milans del Bosch. En sustitución de *El Maximalista* se creó *La Europa Libre*.

refugiados en España y a ellos y la utilización que de ellos hacían todavía los alemanes, achacaba el gobierno la efervescencia social que se unía de manera peligrosa a lo que el mundo político tenía que afrontar en aquellos momentos dentro y fuera del Congreso de los Diputados: el debate por la autonomía de Cataluña.

Morote recibió instrucciones para que solicitase el apoyo de los servicios de información aliados instalados en España. Se reunió con ellos por separado y les contó que el Gobierno había decidido crear un cuerpo de «policía especial», formado por cincuenta hombres bajo el mando del comisario Francisco Martorell persona que, como todos los interlocutores de Morote sabían, resultaba de probada garantía aliadófila. El Gobierno español argumentó a los aliados que el peligro para el que solicitaba su ayuda no era específicamente español, sino «global» y que, en consecuencia, involucraba a todos en un momento histórico tan delicado por el efecto de «contagio» transfronterizo que se le atribuía: la revolución. Muy pronto los propios aliados, no ya solo la propia opinión pública española, percibieron que la actuación de esa unidad «secreta» de la policía tendría muy poco que ver con la forma de actuar de un servicio secreto propiamente dicho, pues a la información y control de los movimientos de extranjeros en suelo español uniría también la detención y el uso de métodos llamémosles «drásticos». Filippo Camperio, el Agregado Naval de Italia, mostró por ello sus reticencias a la colaboración con la policía española. Llovía sobre mojado: dos días antes de entrevistarse con Morote, había recibido una nota en la que el comisario Francisco Martorell le decía que el tal ruso Weissbein -que cita el artículo de Camba que abre estas páginas-, era en realidad Wladimir Tinikof, una especie de agitador enviado desde Rusia para apoyar la creación de publicaciones de propaganda revolucionaria, y que el día 10 de diciembre mientras era conducido desde Madrid a Barcelona para ser expulsado de España por orden gubernativa, había muerto al intentar escapar en Zaragoza como resultado de los disparos de la policía que le custodiaba. La nota oficial que fue dada a la prensa decía, sin embargo, que había muerto al tirarse del tren en el que viajaba.⁴ A pesar de todo, al menos franceses e italianos aceptaron la colaboración directa con la policía española, porque eran los más interesados en controlar y retener en España a los revolucionarios, muchos de los cuales habían sido expulsados de sus propios territorios.⁵

⁴ Archivo Ufficio Storico dello Stato Maggiore della Marina (AUSSMM), L. 1277, *Stato Maggiore*, nº 17152, Agregado Naval de Italia en Madrid a Ufficio IV del Jefe de Estado Mayor del Ministerio de la Marina, Madrid, 13 de diciembre de 1918.

⁵ Ya a mediados de noviembre Camperio había recibido la orden de «intensificar al máximo posible el servicio de vigilancia del movimiento bolchevique y la actividad anarquista (en España)».

La inclusión de este pasaje en estas páginas tiene por objeto responder a una pregunta insistente que se ha realizado desde que empezamos a trabajar la historia de los servicios de información de los países beligerantes en España durante la Primera Guerra Mundial: ¿Tenía conocimiento el Gobierno español de las actividades secretas? Las entrevistas que Morote mantuvo con los aliados parecen ofrecer una respuesta contundente y, sobre todo, valoraban la magnitud y el grado de infiltración en múltiples aspectos de la vida española que habían alcanzado los servicios secretos aliados. ¿Por qué y para qué se crearon en España las estructuras de espionaje y contraespionaje de los beligerantes en la Gran Guerra?

1914-1915. De la guerra breve a la guerra incierta

En agosto de 1914 toda Europa estaba convencida de que la guerra iba a ser breve, quizás no tanto como el conflicto franco-prusiano de 1870 -imagen fija en la mente de los beligerantes-, pero tampoco mucho más larga dado el empleo masivo de hombres y recursos que se estaba realizando y para cuyo sostenimiento durante un período prolongado de tiempo no se vislumbraba una solución fácil ni tampoco inmediata. Ninguno de los Estados Mayores de los países beligerantes se había preparado para una eventualidad en ese sentido. Eduardo Dato, que había promovido la neutralidad de España declarada el 7 de agosto, matizó en la práctica desde un primer momento los términos concretos de esa neutralidad, aunque la legislación internacional dejase poco margen a las ambigüedades: o se era beligerante o se era neutral. Sobre la imposibilidad de matizar públicamente la neutralidad de España, ya se había manifestado en los mismos términos el ministro de Estado, Salvador Bermúdez de Castro, II marqués de Lema, con Eduardo Dato el 30 de julio cuando, en conversación telefónica, a una pregunta del Presidente del Consejo, el Ministro de Estado había respondido:⁶ «No hay más que dos situaciones: beligerantes y neutrales. En la práctica, cumplidos los deberes de neutral, cuya expresión escrita se haya en el séptimo convenio de La Haya y en la Declaración de Londres (...), podremos imponer a nuestros actos ese matiz a que usted alude». No había ningún compromiso

AUSSMM, L. 1257, *Stato Maggiore*, nº 115606/407, RISERVATO, Almirante Paolo Thaon de Revel, Jefe del Estado Mayor de la Marina Militar, a Agregado Naval de Italia en Madrid, Roma, 18 de noviembre de 1918.

⁶ Cit. por Seco Serrano, Carlos en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931), De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra (1902-1922)*, T. XXX-VIII* de la *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, p. 330.

firmado que obligase a España, pero sí unas poderosas razones de índole económico, comercial, financiero y hasta estratégico que desde antiguo vinculaban, por ejemplo, a España con Francia. La declaración de neutralidad fue simultánea a la garantía que ofreció el Gobierno español a Francia para atender todas las peticiones de abastecimiento que le fuera posible. Quedaba claro que esto no se podía llegar a saber, y había que negarlo si se filtraba una noticia en este sentido. Pero para entender esta ambigüedad de partida hay que comprender -insisto- la perspectiva que se tenía de la guerra en el mes de agosto de 1914.

Al mismo tiempo, si España no podía ser beligerante -no tenía causa ni tampoco poder militar para ello, por este orden- el grado de protagonismo que podía alcanzar en un conflicto que, como todo el mundo coincidía en reconocer, iba a remodelar el mapa de Europa, solo podría conseguirse promocionando un hipotético papel mediador y, por qué no, como escribiera el propio ministro de Estado, conseguir que Madrid fuera el lugar donde se reuniera la previsible conferencia de paz. Neutralidad «matizada» y España valedora de la paz, eran pues las dos características fundamentales de la posición y de la ambición del Gobierno y de la Corona con respecto a la guerra. Pero por si hubiera alguna duda, un hecho un tanto estrambótico sucedido con el embajador de España en París, nos facilitó un documento donde los proyectos de España quedaron explicitados. A finales de agosto el convencimiento de que la guerra iba a ser breve era más fuerte que nunca, cuando las tropas alemanas se encontraban a pocos kilómetros de París. El Gobierno de Francia anunció que se retiraba a Burdeos. El Embajador de España, Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, comunicó al ministro que se preparaba para seguir al gobierno. Reiteradamente se le ordenó continuar en París y se le explicó que no convenía que los Estados Unidos, cuyo representante diplomático había recibido también la orden de quedarse en París, pudieran acaparar todo el protagonismo de unas más que previsibles negociaciones de paz. Villaurrutia no era de la misma opinión, pensaba que era el momento de hacer un gesto hacia los aliados y, así, intentó por todos los medios, algo insólito, no cumplir las órdenes recibidas, alegando malas comunicaciones y confusión a la hora de descifrar los sucesivos telegramas que iba recibiendo.⁷ Esta actitud le costó el puesto de embajador, telegrama mediante del propio Alfonso XIII. El ministro de Estado, movido seguramente por la deferencia hacia un diplomático

⁷ Los datos de este conflicto fueron publicados posteriormente por el que fuera en esas circunstancias ministro de Estado. Vid. Bermúdez de Castro, Salvador (II Marqués de Lema): *La dimisión del Marqués de Villaurrutia de la Embajada de España en París (1914)*, Madrid, 1929 (reúne los artículos publicados por Lema en *La Época* a lo largo del mes de diciembre de 1928). Gracias a este incidente, Villaurrutia supo transformar una evidente falta de disciplina en la aureola de aliadófilo militante y, por ello, aparecer como represaliado por el partido conservador.

que había llegado a desempeñar en el pasado la cartera de Estado y ser todavía uno de los pesos pesados de la diplomacia española, comunicó el 1º de septiembre al ya casi ex-embajador los puntos esenciales de la política del Gobierno de España. Es decir, que España no seguía «otro camino que el de la neutralidad benévola» que, por razones obvias, no podía ponerse de manifiesto públicamente y, en segundo lugar, que España podía convertirse en mediador de la paz y que para un hipotético congreso «podía ser Madrid el lugar más indicado para su reunión», en consecuencia se podía colaborar con los Estados Unidos, pero en ningún caso dejarles solos «en cualquier negociación anterior o posterior a la ocupación de París por los alemanes, hecha para suavizar los horrores de la guerra o para transmitir cualquier sugestión pacífica».⁸

Además, hubo desde el principio, un acuerdo básico entre los dos grandes líderes políticos del régimen, Dato y Romanones (y entre sus hombres de confianza para la política exterior, el marqués de Lema y Juan Pérez Caballero respectivamente), sobre los matices que en la práctica tenía que tener la declaración de neutralidad. Y en la explotación que se hiciera de esos matices, al margen de todo lo demás, se depositaban las esperanzas de España para cuando finalizase la guerra. Por eso, desde la reapertura de la Cortes, y ante el discurso neutralista de Eduardo Dato, el 5 de noviembre, Romanones se amoldó públicamente a la posición del gobierno, aunque sin perder ocasión de poner de manifiesto los límites a la neutralidad como él la entendía: nunca tal para poner en peligro los lazos que en los años precedentes habían vinculado a España a los países de la *Entente*. La delicadeza del asunto, hizo que las dos fuerzas políticas mayoritarias pactasen desterrar en adelante de la discusión parlamentaria debatir sobre la posición de España frente a la guerra.

A pesar de la estabilización del frente occidental como consecuencia de la batalla del Marne (5-12 de septiembre), el largo estancamiento de la guerra de posiciones, durante el mes de septiembre, todavía duraba el convencimiento sobre la brevedad de la guerra y la seguridad de que otros países se sumarían a ella. A España le importaba la actitud de Italia, y no se dudaba de que, más pronto o más tarde, declararía su beligerancia. Y el primero que se convenció de que Italia no permanecería neutral todo el tiempo fue el propio Alfonso XIII. Al principio, causó no poca sorpresa en los medios oficiales italianos, la forma con la que el rey de España ponía en evidencia esta idea suya. Se lo preguntó directamente al Agregado Militar de Italia, Maurizio Marsengo, a finales de sep-

⁸ Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (AMAE), Serie Guerra Europea, L. 3054, carp. *Salida de Villaurrutia para Burdeos y nombramiento del Sr. Marqués de Valtierra como Embajador en París. 1914. Reservado*, despacho Confidencial s/nº del marqués de Lema, ministro de Estado, a marqués de Villaurrutia, embajador de España en París. San Sebastián, 1º de septiembre de 1914. Cit. En García Sanz, Fernando: *España en la Gran Guerra...*, op. cit., pp. 34-35.

tiembre, «¿cuando se decidiría Italia a salir de la neutralidad?», advirtiéndole de la situación y *aconsejándole* tomar una decisión insistiendo en la dirección que tenía que tomar y que además, a su juicio, debía ser rápida: «Si Italia se decide a salir de la neutralidad para unirse a los aliados contra Alemania y Austria, es necesario que lo haga cuanto antes para llegar a tiempo de poder dar el golpe decisivo a las dos Potencias».⁹ En la entrevista, Alfonso XIII manifestó su contento porque España pudiera mantener su neutralidad y auguró que la guerra, más pronto o más tarde, sería ganada por los aliados.

España no se preparaba para una eventualidad como la italiana. A principios de noviembre de 1914, el Gobierno presentó a las Cortes una propuesta para aumentar la fuerza permanente del Ejército para 1915 «dadas las circunstancias». Solicitaba un aumento de 11.988 hombres para alcanzar la cifra de 140.761 soldados. Es decir, de esta forma deducimos que en 1914 el número total de los llamados a filas se elevaba a 128.773. El cálculo parece sencillo. Pero descubrimos que esta no era la cifra real cuando las oposiciones atacaron la propuesta del Gobierno alegando que el país no podía permitirse una carga semejante. En su respuesta, el diputado gubernativo y presidente de la Comisión, Antonio de Olmet, adujo que, en realidad, tal aumento no existía porque durante la mayor parte del año 1914 «estuvieron en filas muchos más hombres de los que pide el actual proyecto de ley», es decir entre 158 y 160.000 por término medio, «mientras que en este proyecto sólo se piden 140.000». Aún así, además de la confusión de las cifras manejadas, dadas las enormes dimensiones de la Guerra, parecía un aumento de tropa (destinado fundamentalmente al contingente de tierra) un tanto exiguo para las pretensiones del Gobierno porque, como señalaba Olmet, aunque España fuera neutral «conviene estar prevenidos ante determinados acontecimientos».¹⁰ Qué acontecimientos valoraba el Gobierno no es posible determinar, pero en ningún caso -dadas esas previsiones de fuerza- nada que pudiera abocar a España a la beligerancia.¹¹

⁹ Archivo Ufficio Storico Stato Maggiore Esercito (AUSSME), Fondo *Addetti Militari*, G-29, R-2, C-6, n° 66, Agregado Militar de Italia en Madrid y Lisboa, Madrid 28 de septiembre de 1914. El motivo para la audiencia particular fue la entrega de un retrato de Victor Manuel III para el Regimiento de Infantería Saboya.

¹⁰ Vid. Diario de Sesiones de las Cortes (DSC), Congreso de los Diputados (CD), n° 80, 9 de noviembre de 1914, pp. 226 y ss.

¹¹ Para que el lector pueda disponer de la información exacta, hay que anotar que la fuerza del Ejército «que pasó revista a 1° de octubre de 1914» era la siguiente: un total de 155.179 hombres distribuidos casi a mitad entre Península (70.488), Baleares (4.329), Canarias (3007), por un total de 77.824, y África, sumando Melilla (27.706), Ceuta (33.420) y Larache (16.229), por un total de 77.355. A ellos habría que sumar la Guardia Civil con 19.986 hombres. Real Academia de la Historia (RAH), Archivo Eduardo Dato (AED), Carpeta 86, cuadernillo 18, sin fecha, «Estado de fuerzas y armamento a primeros de octubre de 1914».

El Gobierno no podía manifestarse públicamente en la línea que seguía desde el estallido del conflicto. Pero había dado muestras de actuar en coherencia con ella desde los primeros días de agosto. En noviembre dio otro paso importante cuando, tras las reclamaciones de Gran Bretaña, decretó la adhesión provisional de España («*siquiera sea tan solo hasta el restablecimiento de la paz*») a la XIIIª convención de La Haya, referida al comportamiento de los neutrales en caso de guerra marítima, acción que el Gobierno se había abstenido de llevar a cabo en su momento. Acompañamiento obligado a este acto fue el establecimiento de los límites de las «aguas neutrales españolas» (art. 2), un espacio sobre el que España tenía la obligación en adelante de hacer respetar su neutralidad a todos los beligerantes o, dicho de otro modo, debía impedir que los países en conflicto realizaran actos hostiles contra sus rivales, no solo en el espacio neutral estrictamente marítimo sino también en puertos y costas en general.¹² Por aguas neutrales se entendían «las comprendidas entre el rompiente del mar sobre la costa y una línea imaginaria paralela a dicha rompiente y a tres millas de distancia hacia el mar». En las circunstancias del otoño de 1914, aun no se contemplaban las operaciones de guerra de los submarinos alemanes, sino que el interés de los aliados y de Gran Bretaña en particular hacía referencia a la facilidad con la que se comunicaban y se desenvolvían las unidades navales alemanas en el Archipiélago de las Canarias. De ahí que el hecho de que España se adhiriera a la XIIIª Convención de La Haya en esa coyuntura centraba todo su interés en su art. V: «Está prohibido a los beligerantes hacer de los puertos y de las aguas neutrales base de operaciones navales contra sus adversarios, y especialmente instalar allí estaciones radiotelegráficas o cualquier aparato destinado a servir de medio de comunicación con fuerzas beligerantes de tierra o de mar». Desde luego, este acto internacional llevado a cabo por el gobierno de España adquiriría toda su transcendencia con el desarrollo de la guerra submarina por parte de Alemania. Pero no está de más recordar que a lo largo de las costas españolas se refugiaron al estallar la guerra casi un centenar de mercantes de los imperios centrales que, desde fecha muy temprana, se convirtieron en auténticos baluartes de sus redes de espionaje.¹³

¹² *Gaceta de Madrid*, nº 138, 24 de noviembre de 1914, pp. 323-327.

¹³ Desde agosto de 1914 se encontraban refugiados en 21 puertos españoles 95 barcos de bandera alemana (70) y austro-húngara (25), sumando un volumen total cercano a las 300.000 Tm. Más información sobre este tema en García Sanz, Fernando: *España en la Gran Guerra*, op. Cit., p. 349., n. 1.

La Guerra sin final

Dos nuevos factores hicieron que los aliados pusieran su atención en España cuando previamente no le habían concedido un gran valor en el contexto bélico.

1.- En primer lugar, porque ya en el otoño de 1915 resultaba evidente que la guerra no sería corta, sería larga y además era imposible hipotizar siquiera su fecha de conclusión. En el Oeste de Europa 1915 fue el año del atrincheramiento, de la guerra de desgaste, ofensivas y contraofensivas (Champaña, Neuve Chapelle, Ypres, Artois, Vimy, Loos...) que dejaban en el campo decenas de miles de muertos sin que la situación general cambiase. Tampoco la campaña de Gallipoli iniciada en febrero de 1915 tuvo éxito. Todo lo contrario, significó un rotundo fracaso de las fuerzas franco-británicas que resultaba evidente al finalizar el año. Había razones para ser un poco más pesimistas sobre la marcha de la guerra, porque el fracaso de Gallipoli tenía que verse en el contexto de la marcha general del frente en el Mediterráneo oriental: en octubre de 1915 Bulgaria había entrado en la guerra al lado de los imperios centrales y Turquía; desde el Norte y desde el Este, Serbia fue ocupada, su ejército derrotado y puesto en una penosa fuga hacia Albania. Por si fuera poco, el optimismo que generó la entrada de Italia en la guerra en mayo de 1915 se fue debilitando a medida que las sucesivas ofensivas (conocidas como «batallas del Isonzo») no aportaban esa rápida carrera a la capital de Austria que se habían augurado muchos. De tal forma que, finalizando en nada también la IV batalla del Isonzo (10 de noviembre-5 de diciembre) y ante la evidencia de que la guerra se prolongaría aún mucho tiempo, cundió el desánimo. En seis meses, con una fuerza operativa en torno a un millón de hombres para cubrir un enorme frente de 700 kilómetros, los italianos habían sufrido ya más de 230.000 bajas. Justamente habló el Presidente del Consejo, Antonio Salandra, del «funereo autunno» de aquel año que esfumaba definitivamente la posibilidad de una guerra «breve e vittoriosa».¹⁴

Aunque muy controlado por franceses e ingleses, el comercio español había podido seguir encontrando una salida hacia Alemania a través de la neutral Italia. Desde mayo de 1915 esta posibilidad también desapareció. Más que nunca desde agosto de 1914, las comunicaciones de España —todas las comunicaciones— quedaban al albur de los intereses de los aliados.

¹⁴ Fiori, Antonio, «Crisi e caduta del secondo governo Salandra», en *Rassegna Storica del Risorgimento*, a. XC, f. IV (ottobre-dicembre 2003), pp. 537-574. Un resumen de las cifras del ejército italiano durante la Guerra, en Melograni, Piero: *Storia politica della grande guerra, 1915-1918*, Bari, Laterza, 1977 (1ª ed. 1969), Vol. II, p. 238.

Todos los beligerantes y, arrastrados por ellos, también los neutrales, se veían obligados a hacer el difícil esfuerzo mental de contemplar una guerra sin fecha final. No sólo desde el punto de vista militar, también desde la perspectiva política, económica y social había que replantearse el conflicto y ponerse en una situación —y hacerlo rápidamente— para la que nadie se había preparado de antemano. Tampoco se había calculado la perspectiva de generar unas estructuras de información que fueran más allá de lo ensayado en guerras precedentes, con objetivos tácticos. A una guerra total había que responder con un sistema de control del enemigo también total, de información masiva, y en ese cálculo y en la nueva perspectiva de la guerra los neutrales no se escapaban. Es más, podían llegar a convertirse en objetivos prioritarios.

Si se pasaba de una guerra corta a una guerra larga, los abastecimientos, los apoyos al esfuerzo bélico de los beligerantes provenientes de España no solo eran importantes, sino que se convertían en imprescindibles, de tanta trascendencia que —como llegaría a manifestar reiteradamente un responsable del servicio de contraespionaje francés, quizás exageradamente— podían alcanzar a determinar el curso de la guerra. Las batallas de 1915 habían puesto en evidencia de qué manera la realidad de los combates superaban cualquier previsión. Los almacenes y los arsenales se estaban vaciando y el ritmo de producción de repuestos era insuficiente. 1915 fue el año de la llamada «crisis de los proyectiles». El tipo de guerra que se inició aquel año comprendía un masivo bombardeo de las líneas enemigas antes de lanzar a la infantería a la ofensiva. Por ejemplo, en el ataque a Vimy (mayo de 1915) el general Foch ordenó un bombardeo artillero de seis días, consumiendo más de 300.000 proyectiles. En otoño de 1915 la producción diaria de proyectiles en Gran Bretaña era de 22.000 unidades, 100.000 en Francia y más del doble de esta cantidad en Alemania. Más aún, los cañones no habían sido fabricados pensando en que sufrirían un desgaste de tales proporciones con lo que en un sólo ataque podían terminar por consumir su vida útil.¹⁵ La angustiada escasez de municiones tocó de lleno a España: a lo largo de 1915 se exportaron a Francia 17.740.234 Kg de hierro «en cilindros cortados o en forma apta para la fabricación de proyectiles».¹⁶ El

¹⁵ Neiberg, Michael S.: *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 91-93.

¹⁶ En el año precedente la exportación había sido de 836.139 Kg, pero en 1916 llegaría a doblarse la cantidad con respecto a la de 1915. Las cifras oficiales de exportación sirven solo como referente pues las cantidades reales son difíciles de conocer dado el elevado índice de «autorizaciones especiales» y de contrabando. Desde luego, el caso más paradigmático fue el de la exportación de mulas que se establecía oficialmente en una cifra cercana a las 20.000 cabezas, pero que todo el mundo coincidía en que era una pequeña parte del comercio real dado que los derechos aduaneros por cabeza eran muy elevados: 500 pesetas.

abastecimiento español comprendía una gran cantidad de aspectos, desde los más directamente relacionados con la guerra, es decir las materias primas, las piritas de hierro y cobre, el plomo, el wolframio, el hierro, etc., hasta todo tipo de víveres que se acaparaban buscando los mejores precios que ofrecían los contendientes provocando, a cambio, el encarecimiento, el desabastecimiento y circunstancias cercanas al hambre en numerosas regiones españolas.

El problema del aprovisionamiento no terminaba con la adquisición del producto concreto, ya de por sí objeto de arduas negociaciones en las que solía primar el práctico *do ut des*, obviándose la mayor parte de las veces las prohibiciones de exportación que los propios gobiernos españoles realizaban, sino que se prolongaba con la delicada cuestión de su transporte hasta el punto de destino. Y hablar de transporte era hablar de barcos mercantes, del Mediterráneo y del Atlántico. Fue en estos aspectos donde alemanes y austríacos —lejos, por otro lado, de poder acceder al mercado español—, pusieron todo su empeño creando una amplísima red de espionaje que tenía como objetivo fundamental dificultar tanto la producción, como la venta y el transporte de las mercancías españolas a los países enemigos.

2.- En segundo lugar, junto a la transcendencia que adquieren los abastecimientos en la perspectiva de una guerra sin final, el papel de España se altera sustancialmente a partir del otoño de 1915 porque los alemanes decidieron entonces cambiar su estrategia naval y, apoyados en el inesperado éxito de la guerra submarina, comenzaron a trasladar este arma de combate desde el Mar del Norte al Mediterráneo. Siendo las costas peninsulares (las atlánticas y las mediterráneas) paso «obligado» de los submarinos y siendo España el gran país neutral del occidente mediterráneo, no hubo que argumentar mucho para que los aliados volvieran sus ojos a un país sospechoso de colaborar en el abastecimiento y refugio de los submarinos alemanes. Efectivamente, la situación cambió radicalmente a lo largo de 1915. En parte debido al inicio de la ofensiva aliada en los Dardanelos, en parte debido a la entrada de Italia en la guerra contra Austria-Hungría, los alemanes comenzaron a enviar sus submarinos al Mediterráneo. Al iniciarse el mes de octubre Alemania disponía de un total de 44 submarinos operativos, 13 de ellos estaban en el Mediterráneo y, de estos últimos, 5 estacionados en Estambul. El primero de los submarinos alemanes en llegar al Mediterráneo fue el *U21*, y su histórico periplo desde su base en Alemania (Wilhelmshaven) hasta Cattaro (actual Kotor) en el Adriático tuvo nefastas consecuencias para España.

Nunca un submarino había realizado un recorrido de más de 4.000 millas en solitario y, por ello, el Almirantazgo alemán tomó sus precauciones estableciendo dos puntos de abastecimiento de combustible y víveres:

uno en Corcubión y el segundo en las Baleares.¹⁷ El 2 de mayo, una semana después de haber zarpado, el *U21* se encontraba en la ría de Corcubión siendo abastecido por un carguero que le había preparado 12 toneladas de gasoil, dos de aceite, lubricante y víveres para treinta hombres y diez días de duración. La maniobra fue seguida por varios testigos que reventaron el secreto y, por ello, aunque no se hubieran podido interceptar las comunicaciones, no es extraño que los aliados estuvieran apostados en lo que preveían iba a ser su ruta. Un oficial de la Marina española envió un informe al Estado Mayor relatando estos hechos y señalando que se presentó en Corcubión un alemán desconocido para él, con aspecto «distinguido» que fue recibido con familiaridad en casa del Alcalde con el que salió del pueblo en barco el día 2 de mayo. La descripción de este alemán correspondía con la del responsable del servicio de espionaje naval alemán en España Hans Von Krohn, quien había montado todo el operativo pero que fracasó estrepitosamente pues el combustible que llevaron no servía para el sumergible, uno de los primeros construidos con motores diésel.¹⁸ La salida precipitada del sumergible obligó a activar con urgencia la preparación de una escala en Baleares para cuatro días después de zarpar de Corcubión. Pero los británicos conocían muy bien y con mucha antelación todos y cada uno de los detalles de esa operación secreta, porque desde el mismo instante que comenzó a prepararse, en el mes de marzo, todas las comunicaciones al respecto entre Madrid y Berlín fueron interceptadas, descriptadas y traducidas al inglés.¹⁹ El submarino fue avistado en tres ocasiones por buques de guerra británicos y franceses. La voz de alarma la dieron los primeros cuando lo sorprendieron cruzando el Estrecho de Gibraltar. Imposible en esas circunstancias acudir a una segunda cita en las Baleares. Con los depósitos prácticamente vacíos, el *U21* entraba finalmente en el puerto de Cattaro el 13 de mayo de 1915.

La noticia era sorprendente. Un nuevo reto técnico quedaba superado. Indicaba que los alemanes cambiaban de estrategia naval pero, por otro lado, señalaban al gobierno de España como «colaborador» de esa nueva estrategia pues, desconociendo la capacidad técnica real de los submarinos,

¹⁷ Halpern, Paul G.: *The Naval War in the Mediterranean*, Annapolis, USNIP, 1987, pp. 107-110.

¹⁸ Castroviejo Vicente, Cristino: *Submarinos alemanes en la Gran Guerra. 1914-1918*, Madrid, Almena, 2004. El documento citado, Apéndice H, pp. 510-512, es una carta firmada por el Comandante del crucero *Río de la Plata*, Capitán de Fragata José de la Herrán y Puebla. El buque que abasteció al submarino alemán fue el *Marcela*, el mismo barco que todavía en el verano de 1916 vendrá señalado por los servicios aliados de información como abastecedor de submarinos alemanes en las costas próximas a Bilbao.

¹⁹ *The National Archives* (en adelante TNA), ADM 223/639. Fue para los alemanes una auténtica pesadilla a lo largo de toda la guerra la aparente facilidad con la que sus códigos y claves secretas eran reventadas, a pesar de que eran cambiadas con cierta frecuencia.

se veía muy difícil que pudieran realizar tan largo viaje sin apoyos. Nadie dudó de que los submarinos alemanes en su ruta hacia las bases navales del Adriático debían encontrar apoyo, bases y abastecimiento, en las costas de España. Y este hecho llegó a convertirse en un lugar común en toda Europa y a lo largo de toda la guerra. La prensa española se hizo eco de la noticia que sobre la presencia de submarinos alemanes en el Mediterráneo publicaba la prensa extranjera. Se consideraba como un rumor sin fundamento. Así, el oficioso *La Época* concluía el 21 de mayo: «nada, pues, confirma hasta ahora el crucero de submarinos alemanes por el Mediterráneo». Lo cierto es que nadie parecía darse cuenta en aquel momento de las consecuencias que podría traer para España la guerra submarina en el entorno de sus propias costas.

El Mediterráneo occidental presenta durante la Primera Guerra Mundial un escenario distinto respecto a otras regiones también mediterráneas. La guerra se combatía en el mar pero sin las grandes unidades de combate. La guerra en el Mediterráneo occidental se convertirá en la lucha por la supervivencia, el combate entre buques mercantes y submarinos en el que ni las grandes unidades de combate ni los submarinos aliados tenían ningún sentido, al tiempo que el papel principal lo asumían las pequeñas unidades, como escoltas de los mercantes o como cazasubmarinos. De ahí que a medida que se prolongaba el conflicto, se incrementase el problema del abastecimiento y el supuesto apoyo que los submarinos alemanes encontraban en España se convirtiese en una cuestión vital para los aliados, principalmente para italianos y franceses y, en consecuencia, objetivo principal de sus servicios de contraespionaje.

Por todos estos motivos había que «controlar» España. Había que dedicarle una atención que iba mucho más allá de la consideración de partida, en agosto de 1914. Tampoco era sencillo que los aliados pudieran dar una respuesta eficaz desde el primer momento. La posición de España se vuelve muy delicada, compleja y adquiere una gran importancia: como aprovisionador de mercancías para los aliados y como hipotética y ocasional base de aprovisionamiento y escala de los mortales submarinos germanos.

Los aliados reconocieron sus fracasos. Reunidos en Chantilly (6-8 de diciembre de 1915) los representantes de Francia, Gran Bretaña, Rusia, Italia y Serbia, admitieron que la culpa debía encontrarse en la descoordinación con la que se habían llevado a cabo las operaciones en todos los frentes. Decidieron entonces que había que corregir para el año entrante esa situación planificando conjuntamente todas las ofensivas y obligar así al enemigo a combatir en varios escenarios a la vez. Coordinación de esfuerzos, término que abarcaría progresivamente todos los aspectos de la guerra, incluían también el abastecimiento y la información.

*La preeminencia de los imperios centrales*²⁰

Antes del estallido de la Guerra, la colonia alemana en España podía estar en torno a los cinco mil miembros. Su presencia era, sin embargo, muy cualificada, hombres del mundo de los negocios, el comercio y la ingeniería que tenían en España muchos intereses y vinculaciones con grandes empresas alemanas. Sin contar con el prestigio del que gozaba su cultura. Según fuentes aliadas, en la primavera de 1916 la cifra de alemanes en España podría elevarse a los 80.000 miembros. De ellos, en torno a veinticinco mil estarían establecidos en Cataluña y, más concretamente, en la ciudad de Barcelona. A los residentes en el país con precedencia a la guerra, se sumaron aquellos que se quedaron «atrapados» en España desde agosto de 1914, además de las tripulaciones de los casi cien barcos refugiados en los puertos españoles. A ellos se añadieron los expulsados y huidos de Portugal cuando ésta entró en guerra contra Alemania el 9 de marzo de 1916 y las fuerzas militares alemanas procedentes del Camerún —unos 1.300 hombres— que quedaron desde principios de mayo internadas en España (Alcalá, Pamplona y Zaragoza) hasta el final de la guerra y, ya en 1917, una buena proporción de los alemanes que se vieron forzados a abandonar los Estados Unidos cuando entraron en la guerra y de algunos países de América del Sur. En 1917, las distintas fuentes de los servicios de información aliados manejaban una cifra que se aproximaba mucho a los cien mil súbditos de los imperios centrales.

«Todos los alemanes son espías», difundían los servicios de información aliados. Y era cierto, en la misma medida que también lo era que todos los ingleses, todos los franceses y todos los italianos residentes en España tampoco se negaron a colaborar cuando las autoridades de sus países les exigieron su patriótica aportación a la victoria. Pero es verdad que la imagen del espía y del espionaje —conceptos que históricamente han tenido una

²⁰ Sobre la historia de los distintos servicios secretos, Richelson, Jeffrey T.: *A Century of Spies. Intelligence in the Twentieth Century*. New York, Oxford University Press, 1997; Andrew, Christopher: *Her Majesty's Secret Service. The Making of the British Intelligence Community*, New York, Viking Penguin 1986; Jeffrey-Jones, Rhodri: *Historia de los servicios secretos norteamericanos*. Barcelona, Paidós, 2004; De Lutiis, Giuseppe: *Storia dei Servizi Segreti in Italia*. Roma, Editori Riuniti, 1985; Porch, Douglas: *The French Secret Services. From The Dreyfus Affair to the Gulf War*. New York, Farrar, Straus & Giroux, 1995; Judd, Alan: *The Quest For C. Mansfield Cumming and the founding of The Secret Service*. London, Harper Collins, 2000; Nicolai, Walther: *The German Secret Service*. London, Stanley Paul, 1924; Pasqualini, Maria Gabriella: *Carte segrete dell'Intelligence italiana. 1861-1918*. Roma, (edizione fuori commercio), 2006, Vol. I. García Sanz, Fernando (ed): *Al servicio del Estado: Inteligencia y contrainteligencia en España*, en Monográfico de la Revista *Arbor*, T. CLXXX, nº 709. Un completo balance historiográfico para el caso español en Goberna Falque, Juan R: *Inteligencia, espionaje y servicios secretos en España*. Madrid, Ministerio de defensa, 2007.

connotación esencialmente negativa y hasta peyorativa— ha sido vinculada a los alemanes más que a sus contrarios. Desde luego, en ello ha jugado un papel importante la literatura y el cine pero también, sin duda, que los alemanes perdieron la guerra.

A finales de 1915 y principios de 1916, las posiciones que ocupaban los alemanes en España eran mucho más sólidas que las de sus aliados. Principalmente porque ellos habían dado desde el principio más importancia a España. En la retaguardia de la guerra y fronterizo con su principal enemigo, con unas costas amplias y llenas de playas y discretas ensenadas, volcada al Estrecho de Gibraltar desde el Norte y desde el Sur, país neutral con comunicaciones abiertas al continente americano, eran razones muy poderosas para que los alemanes demostrasen mayor interés por España que sus enemigos.

Cuando «llegaron» los aliados, los germanos ya tenían estructurada la red de espionaje y también habían puesto en funcionamiento las estructuras de propaganda: tenían a su disposición periódicos y periodistas que por una módica cantidad estaban dispuestos a vender su pluma y su negocio. Desde fecha muy temprana, apenas estalló el conflicto, la Embajada alemana puso manos a la obra bajo la dirección de Alexander Bruns en la calle Lagasca, 13. Residente en España desde principios de siglo, al menos desde 1907 era el *factotum* de la representación alemana para las relaciones con la prensa. Tenía muy buenas relaciones sociales y contactos en el mundo político y de la Corte. Durante un tiempo estuvo al frente de la *Berlitz School*, fue profesor de alemán de Alfonso XIII y también durante unos años fue corresponsal del *Kölnische Volkzeitung* en Madrid. Cuando estalló la guerra fue oficina por oficina de los periódicos madrileños ofreciendo informaciones gratis sobre la guerra y prometiendo subsidios a aquellos periódicos que estuvieran dispuestos a publicar noticias de origen alemán: se hablaba de cantidades que iban desde las 500 a las 10.000 pesetas. Siempre bajo la coordinación general y la jefatura —al menos según los aliados— del Secretario de la Embajada Eberhard Von Stohrer, Bruns tenía a su cargo una oficina con periodistas españoles, donde se encargaban de fabricar las noticias y escribir los artículos más críticos contra los aliados y el Gobierno de España. Desde el verano de 1917 esa oficina comenzó a basar su trabajo en el lema de la «propaganda por la paz».

Pero es curioso observar que en el tema de la propaganda sucede como en el del espionaje en general. Desde fecha muy temprana se debatió abiertamente en la prensa sobre las cabeceras que eran germanófilas y las que eran aliadófilas, que si se vendían y que si no, si aquel o este periodista vivía a cuenta de las «subvenciones» de esta o aquella Embajada. La crisis económica, el precio del papel, el eterno problema de las ventas puso en

manos muchas veces del mejor postor a muchos periódicos. Es verdad que muchos intelectuales actuaron movidos por la convicción ideal o ideológica, pero también es cierto que el final de esa senda no era siempre inocente y desprendido, porque la subvención en diverso modo se hacía presente. Luis Araquistáin que se caracterizó por su ardua campaña contra la prensa germanófila —y en particular contra el *ABC*— a la que acusaba de estar vendida a los alemanes, tuvo sin embargo que acudir a la embajada de Gran Bretaña (que, a su vez, acudió a sus colegas de Francia e Italia) para que evitase la desaparición de la revista *España*, poniéndola, a cambio, a disposición de su propaganda. Fue John Walters, quien con la cobertura oficial de corresponsal en Madrid del periódico *The Times* (al que realmente pertenecía como alto directivo y que fuera nombrado responsable del servicio de propaganda británico en España en febrero de 1916), quien protagonizó en persona las negociaciones con Araquistáin. Gracias sobre todo a sus gestiones, la embajada británica decidió la subvención de la *Revista España* cuando estaba ya prácticamente en quiebra a finales de 1915. Así, a comienzos de 1916 la revista pudo continuar con Araquistáin convertido en su director en lugar de José Ortega.²¹ Qué hacer y cómo enfocar la propaganda aliada frente a las posiciones alcanzadas en la sociedad española por el enemigo, seguiría siendo sin embargo uno de los permanentes caballos de batalla de los aliados —también de sus servicios de información— a lo largo de la Guerra.

El responsable del servicio de espionaje del Ejército alemán fue Arnold Von Kalle, quien llegó a España en 1913 para cubrir el puesto de agregado militar siendo aún capitán de Estado Mayor. Estando en Madrid fue ascendido primero a comandante y un poco más tarde a teniente coronel, antes de emprender viaje de regreso a Alemania con la mayor parte de los miembros de la Embajada, en enero de 1919. Alguno de sus enemigos lo definieron como una especie de «*Bon Vivant*» al que la Guerra le hubiera chafado los planes de placentera vida que se había construido en la capital de España. Antes de estallar la Guerra, Kalle ya se había labrado un importante círculo de relaciones y estaba, por tanto, bien introducido y gozaba de consideración en la alta sociedad de la Corte. Esas amistades no desaparecerán durante la Guerra y alguna de ellas resultará particularmente útil, como la de Camilo De Torres y González-Arnáu, hermano del diplomático y Secretario particular de Alfonso XIII, Emilio María. Los franceses le atribuían la disponibilidad de enormes recursos económicos que destinaría principalmente al sabotaje de las fábricas de armamento en Francia y financiar la sublevación de Marruecos contra los franceses.

²¹ Araquistáin, Luis: *La revista «España» y la crisis del Estado liberal*, estudio preliminar de Ángeles Barrio (pp. 13-65), Santander, Universidad de Cantabria, 2001.

Instaló la sede oficial de la Agregaduría en la calle Fortuny, 1, es decir no muy lejos de la Embajada, Castellana, 4, tampoco a mucha distancia de su residencia personal en Castellana, 23, y en un entorno plagado de representaciones militares o navales de los enemigos. Podría decirse que se hubiera configurado una especie de «barrio de los espías». Desgraciadamente para von Kalle, muy lejos de importar el trabajo que desarrolló en España, ha pasado a la historia como uno más de la larga lista de los supuestos amantes de Mata-Hari con el agravante, además, de culpársele de haberla «vendido» a los franceses en enero de 1917 cuando descubrió que la bailarina era en realidad un agente doble.

Fueron los alemanes los primeros en crear una estructura que será imitada con el tiempo por todos los beligerantes: el apoyo de las representaciones consulares resultaba fundamental y su sometimiento a la «razón militar» jamás se puso en discusión. Es más, como fue el caso de Barcelona, alguno de los miembros del Consulado General se convirtieron en los más activos líderes de la actividad de espionaje, es decir desde el jefe, el Barón Von Ostman Van der Leye, pasando por su segundo Alfred Von Carlowitz-Hartzsch, su secretario Martin Weidhas, y el —oficialmente— Cónsul general de Turquía Fritz Ruggeberg, Teniente de Navío en la reserva, alsaciano de origen y auténtico *factotum* de toda la actividad de espionaje relacionada con el mar en general y con Cataluña en particular. Entre Alemania y Austria-Hungría sumaban en España en torno a 70 localizaciones de representación consular de las diversas categorías. Aquí, como en la guerra en general, Alemania subsumía a Austria en pro de su estrategia. Junto a los representantes consulares, se situaban una serie de agentes que pueden denominarse de «primer nivel» que se responsabilizaban de los distintos sectores. Estos jefes de sector actuaban en muchos casos —ya fuera para el Ejército ya para la Marina— protegidos bajo la adscripción a los consulados respectivos pero instalándose en locales separados y actuando como oficinas especializadas en los más diversos temas. Aparte de disponer de un mayor número de agentes e informadores, quizás la diferencia más reseñable de los germanos con respecto a sus enemigos en este terreno fuera que el número de los llamados «agentes móviles», es decir aquellos destinados a hacer de enlaces entre distintos sectores, de porta órdenes y correos de la más diversa índole, era muy crecido y que entre ellos la presencia de mujeres fuera habitual.

La enorme red que llegó a controlar Kalle era responsable del servicio de información y de espionaje no sólo en y para España, sino que desde Madrid dirigía las ramificaciones que incumbían a Francia (envío de espías y saboteadores), Marruecos (sostenimiento de las harkas indígenas

para luchar contra los franceses), Inglaterra (envío de espías), Estados Unidos y América del Sur (envío de espías y saboteadores en ambos territorios). Precisamente, dos de los primeros agentes que logró convencer Kalle para colaborar con el espionaje alemán y ser enviados al extranjero, el periodista Ricardo González Zúñiga y su suegro el abogado Emilio Dalac y Domingo, fueron descubiertos, juzgados por un consejo de guerra —acusados de haber suministrado a Alemania informaciones referentes a defensa nacional—, y condenados a muerte en noviembre de 1916. Al menos desde el mes de abril los servicios ingleses estaban interceptando las comunicaciones que llegaban a Madrid, y desde aquí partían a Berlín, con los informes que desde París se enviaban con la firma «Domingo». A partir de estas informaciones, solo hubo que atar cabos²². Kalle contaba con centenares de agentes de todos los niveles y con funciones muy distintas, desde el simple informador encargado del seguimiento de personas —españoles por lo general— hasta aquellos que podríamos denominar como grupos de «operaciones especiales», encuadrados en el llamado «servicio Z», sigla de *Zerstörungs Dienst* (literalmente «Servicio de Destrucción»), imitados también por los servicios aliados aunque, lógicamente, no con la fundamental misión de sabotaje que tenía el caso alemán. Si Cataluña atraía buena parte de la atención —hombres y recursos— de acuerdo con las misiones a desarrollar bajo el mandato de Kalle, aunque no fuera por otra cosa que la cercanía a Francia, la permeabilidad de la frontera y el haberse convertido en la «gran fábrica» de los aliados, Marruecos ocupó una parte importante de la red que tuvo la difícil misión de mantener viva la lucha contra los franceses. La articulación de este operativo era compleja y difícil, porque hacer llegar armas, órdenes y dinero —sobre todo dinero— desde Madrid requería una gran cantidad de hombres (y mujeres) y puntos seguros de apoyo al menos en las localidades del Sur de España que servían de observatorio y trampolín para dar el salto al otro lado del Estrecho. Millones de pesetas fueron a parar al sostenimiento de la causa de Abd El Malek. Albrecht Von Koss, Capitán en la reserva, que llegó a España desde Lisboa cuando Portugal entró en la guerra, ejercía las funciones de agregado militar adjunto con el encargo preciso de ser el responsable de las operaciones en Marruecos.²³ Bajo su control y en contacto directo como enlaces con el cabecilla marroquí, se sucedieron Albert Bartels, el Teniente Freist (o Freix) y Khunel (ó Kühnel, alias *José Maury y Turki*), Comandante del Ejército alemán. Gracias a los informes de este

²² Vid. TNA, *ADM*, 223/661. A pesar de la intervención de Alfonso XIII ante Poincaré, Presidente de la República francesa, no pudo salvarlos.

²³ Debíó de hacer un gran trabajo porque fue premiado con la Cruz de Hierro. En enero de 1919 substituyó a Kalle en la dirección de los asuntos militares de la embajada.

último sabemos que sostener una harka (unidad en torno a los quinientos hombres) venía a costar unas cincuenta mil pesetas al mes, sin contar armamento, munición y otros capítulos. No es extraño que los servicios franceses intentasen por todos los medios frenar esta amenaza constante, incluso con el asesinato del propio Abd El Malek.

Sin embargo, a pesar de la importante labor de von Kalle, quien ha pasado a la historia como «auténtico» jefe del espionaje alemán en España ha sido Hans Karl Emil von Krohn, agregado naval de la Embajada de Alemania en Madrid. Cumplía muchos de los requisitos que han formado a lo largo del siglo XX la imagen icónica del espía por excelencia: hombre de acción, misterioso, patriota, sin escrúpulos, dispuesto a todo, con una movilidad extraordinaria, escurridizo, mujeriego, capaz de adoptar varias personalidades, nombres falsos y apariencias distintas. Sus enemigos llegaban a decir de él que era un «loco sádico». Hasta poco antes de abandonar España no dispusieron los aliados de una fotografía suya. Lo habían buscado y seguido basándose en descripciones someras pero que solo le delataban cuando se le tenía enfrente, porque un hombre con un ojo de cristal (el suyo lo perdió en una acción militar en Tientsin), aunque se pusiera monóculo, y se colocase una perilla, está claro que se distingue sobre los demás.

Krohn, nacido en 1872 en Wilhelmshaven, emparentado con la familia del general von Moltke, llegó a España en una fecha imprecisa de principios del año 1915, cuando contaba con 42 años y teniendo todavía el grado de Teniente de Navío, transformado inmediatamente en Capitán de Corveta. Tenía montado su despacho en la calle Orfila, 5, aunque para sus actividades más «discretas» (interrogatorios, entrevistas y reuniones con sus agentes) disponía de algunas habitaciones en el *Hotel Palace* y de propiedades en Pozuelo y Aravaca. Firmaba muchos de sus documentos bajo el nombre de «Juan Cron», pero en sus viajes y sobre todo para los registros en los hoteles utilizaba numerosos alias aunque los más frecuentes eran «Alex Hamilton», «Paul Rodane» y «Arturo Hauser», cada uno de ellos acompañado de su correspondiente pasaporte falso. Podía moverse con soltura con distintas personalidades porque hablaba, además del alemán, inglés, francés y español, aunque con un fuerte acento en este último caso. Hombre que se presentaba en sociedad con aire distinguido y simpático, contrajo matrimonio en Madrid en abril de 1915 con la riquísima dama de origen judío germano-portugués Ellen Alexandra Weinstein de 18 años, Baronesa Von Schenek, hija de Martin Weinstein, rico importador de cacao radicado en Lisboa y fallecido en Madrid en 1917, y emparentada a su vez con el millonario von Stein propietario de la finca «El Limonar» en La Caleta (Málaga). Poco más de un año después de haber contraído matrimonio, Krohn conoció

a la pionera de la aviación Marthe Richer (Betenfeld de nacimiento), francesa originaria de Lorena a la que convirtió en su amante sin saber que se trataba en realidad de una agente con el nombre en clave *alouette* a las órdenes del contraespionaje francés dirigido por Georges Ladoux. La relación se convirtió en *vox populi* cuando a principios de julio de 1917 la prensa dio la noticia de un accidente de tráfico que se había producido a la salida de Madrid, en la «cuesta de las perdices». En el vehículo siniestrado viajaban los dos amantes. Incrementó su imagen de mujeriego, pero sobre todo acentuó, por supuesto, el enfado de su mujer e hizo más ásperas las críticas de su colega Kalle —que nunca tuvo buenas relaciones con el representante de la Marina— y de sus superiores en la Embajada, que transmitieron a Berlín la imprudente, escandalosa y peligrosa actitud del comandante Krohn.

Al igual que ocurría con la propaganda o con el servicio de espionaje del Ejército, la red de Krohn ya estaba en funcionamiento cuando llegaron los aliados a principios de 1916. Es más, Krohn tenía ya en su haber un gran éxito: la operación de abastecimiento del *U21* y la rapidez con la que había sido capaz de organizar bases de apoyo en las Baleares por si hubieran sido necesarias. Sin contar con el elemento consular que para el agregado Naval era fundamental, ni tener en cuenta tampoco el personal diplomático, ni los agentes que actuaban de forma «voluntaria», es decir que no cobraban, ni los agentes, informantes, fijos o «por obra y servicio» contratados entre la población española, Krohn había construido una red de fieles agentes a sueldo, la mayor parte de los cuales eran oficiales en la reserva y le acompañarán durante todo su mandato hasta febrero de 1918: Joseph Schwaermer (Madrid), Fritz Ruggeberg (Barcelona), Dedeo Hermann (Barcelona), Bertold Sievers (Madrid), los cuatro Tenientes de Navío, a los que se sumaban con distintos orígenes y modestos grados militares Richard Geyer (Palma de Mallorca), Hermann Droop (Madrid), Johan Pirk (Madrid), Karl Bornemann (Algeciras), Walter Bals (Madrid), Emil Stehr (prisionero de los ingleses, consiguió escapar y llegar a Huelva en noviembre de 1915), Karl Villbrandt (Las Palmas) y Karl Mittelstrasse (Las Palmas).²⁴ Pero durante unos meses, a principios de 1916, Krohn contó con la colaboración de un joven Teniente de Navío enviado a España por orden expresa de la sección de inteligencia del Almirantazgo alemán: Wilhelm Canaris. Tres días después de cumplir 29 años se presentaba en la Embajada de Alemania en Madrid, se comunicaba la noticia a Berlín y se informaba que su nombre en clave para las comunicaciones sería «*Carlb*». Su misión había sido determinada desde Berlín y no era otra que levantar un sis-

²⁴ Conocemos esta información de puño y letra de Krohn porque Berlín se la solicitó y la envió vía Róterdam, el 1 de febrero de 1916, siendo interceptada por los ingleses. Vid. TNA, ADM 223/661.

tema de apoyos para los submarinos en las costas españolas —principalmente en el Levante y Sur de la Península— y crear una red de informadores que pudieran dar puntualmente noticia de los movimientos de los barcos enemigos. A pesar de que sólo el círculo más próximo a Krohn conocía la existencia de *Carl*, muy pronto Canaris comenzó a ser acosado por los agentes ingleses y franceses. Los ingleses habían reventado las claves de las comunicaciones alemanas y los franceses contaban con un topo en la Embajada del Paseo de la Castellana. Antes de que finalizase la primavera, Krohn se planteó la urgencia de sacar de España cuanto antes a Canaris. ¿Cómo? Se barajaron varias posibilidades, incluso Canaris intentó viajar a Alemania vía Italia pero fue detenido en Génova, interrogado, y devuelto a España. Aunque era una operación muy arriesgada, el Almirantazgo optó por enviar un submarino para recogerle, el 1º de octubre de 1916: el *U35*.

Apenas unos meses después el servicio de espionaje al mando de Krohn comenzó a adquirir unas dimensiones extraordinarias, en la misma medida que desde finales del mes de abril de 1916 los hundimientos de mercantes aliados en el Mediterráneo y, más en concreto, en las proximidades de las costas de España, se convertirán en un hecho desgraciadamente demasiado frecuente. Un dato nos da la perspectiva del problema: en agosto de 1916 el 82% de todo el tonelaje hundido por el arma submarina alemana en el mundo, se produjo en las aguas del Mediterráneo. Será a partir de entonces que Krohn comenzará a adquirir su (mala) fama: los hundimientos sólo podían ser culpa suya. Desde entonces, la guerra secreta, el silencioso combate de los servicios de espionaje y contraespionaje, conoce un desarrollo que, otra vez, nadie había previsto y que no dejará de ampliarse ya hasta el final de la Guerra.

Gibraltar, el servicio de inteligencia británico

Cuando franceses e italianos decidieron establecerse en España, hacía tiempo que los ingleses estaban ya trabajando. Lo hicieron de forma distinta. No tenían Agregado naval acreditado en Madrid (el de París extendía sus atribuciones a España) ni tampoco intención de nombrarlo, de hecho a pesar de los requerimientos de los aliados no lo hicieron hasta la primavera de 1918. ¿Por qué? Porque no lo necesitaban, los asuntos de España se dirigían ya desde la península, es decir desde Gibraltar. En realidad, el centro de Inteligencia de Gibraltar fue el primer servicio de espionaje aliado que operó en España.²⁵

²⁵ A continuación seguimos en este apartado las investigaciones realizadas por García Sanz, Carolina: *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar: Economía, Política y Relaciones Internacionales*, Madrid, CSIC, 2011.

La empresa fue encomendada por el director de Inteligencia Naval (NID) a su máximo responsable, el Mayor de Infantería Ligera de Marina Charles Julian Thoroton, quien fue acumulando progresivamente atribuciones, lo que posiblemente explique el fuerte personalismo que imprimió a su trabajo. Tampoco debía ser un hombre de fácil carácter, pues sus colegas en Madrid encontraron siempre muchas dificultades para entenderse con él y recabar su colaboración. Pero al igual que ocurrió con sus aliados, tampoco los británicos tenían muy claro al principio qué es lo que podían hacer, cómo podía funcionar y, sobre todo, qué departamento dentro de las distintas ramas del Gobierno implicadas, debían asumir la responsabilidad y, por lo tanto, el mando de las operaciones secretas en España.

Desde el otoño de 1914 el servicio de Gibraltar asumió una triple tarea: inspeccionar los buques que pasaban por el Estrecho, interceptar las comunicaciones sobre rutas y barcos que se emitían desde los puertos españoles, también los insulares, y tratar de identificar y debilitar en la medida de lo posible las actividades del espionaje enemigo sobre las costas de España.

Entre septiembre de 1914 y junio de 1915 la estructura de la división naval de Gibraltar fue progresivamente aumentando con la creación de una red de agentes «volantes» que actuaban sobre el litoral peninsular y una organización de gestión de la información comercial que tendía con mayor claridad a la sujeción del *Foreign Office* a las directrices del *Naval Intelligence Department*. Desde primera hora, el teniente Arthur Blackwood trabajaba en la vigilancia costera en el Cantábrico, asistido por el Teniente de Navío en la reserva y destacado miembro de la colonia inglesa en Bilbao, Albert Edward Dawson, quien actuaba bajo la cobertura del Consulado como encargado de asuntos comerciales. También operó en San Sebastián, donde se movió con mucha soltura y buenas relaciones tanto con los franceses como con los italianos. En Gibraltar, Thoroton se sirvió de dos agentes, el capitán de infantería de Marina James Douglas y el teniente de navío en la reserva J. Arthur Dawes, el primero de los cuales actuaría como verdadera mano derecha del *General Staff Officer* (GSO) Charles Thoroton, sustituyéndole al mando en sus numerosas ausencias de la colonia.

Momento importante para la erección definitiva de un servicio secreto británico para España con sede en Gibraltar fue la designación de un oficial estable del Almirantazgo en la embajada en Madrid, en el verano de 1915. Su función era servir de enlace en la transferencia de información a tres bandas entre el *Admiralty War Staff*, al mando de Lord Herschell, el *Foreign Office* y el Centro de Inteligencia Naval en la colonia. El primer enlace fue Lord Abinger, ayudante de Lord Herschell en el *Admiralty War Staff* y con experiencia en misiones diplomáticas, idóneo, por tanto, para mediar entre

el servicio diplomático y el NID con el objetivo de evitar los obstáculos que pudieran interponerse a la creación de un «servicio secreto» para España, pero operado desde Gibraltar. El trabajo de Abinger, con la misión prácticamente cumplida, fue continuado desde el mes de agosto y hasta el final de la guerra por su sustituto el Teniente de Navío Oliver Baring, representante de la División de Inteligencia del Almirantazgo, quien figuraría en la lista oficial de la Embajada en Madrid como tercer agregado naval. Thoroton ganaba poder en todos los frentes, dentro y fuera de la colonia. Como figura en el *War Diary* de Gibraltar, «Major G. Thoroton RMLI, Oficial de Inteligencia Naval asumió aquellas tareas de Inteligencia Militar que, a su vez, habían sido llevadas a cabo por el *General Staff Officer* (militar)». ²⁶

El servicio continuó ampliándose y a partir de mayo de 1915 el Comandante en la reserva Thomas Guyatt es enviado desde Gibraltar a Galicia donde actuará de manera permanente como responsable del sector, bajo la cobertura de vicecónsul en La Coruña. Este momento coincide también con la presencia del novelista Alfred Mason en Gibraltar participando en distintas operaciones en el Mediterráneo a las órdenes del NID. Además, Thoroton ya había establecido entonces una relación estable con Juan March Ordinas, como el propio responsable de inteligencia comunicaría a la Embajada en junio de 1915: «como usted asume correctamente, pretendo vigilar a Don Juan (March) a pesar de nuestro acuerdo. Los acuerdos tienen poco valor hoy en día, aunque espero que en Juan se pueda confiar más que en cualquier huno» ²⁷. La historia de la relación de Juan March (alias *Verga*) con los beligerantes durante la Primera Guerra Mundial es una auténtica novela de aventuras. «Contratado» por los ingleses para que sus pequeños barcos les sirvieran de difuso servicio de información en el Mediterráneo podía, a cambio, seguir ejerciendo —entre otras— la actividad de contrabando de tabaco protegido por las autoridades del Peñón. Pero Juan March no fue del todo fiel a los aliados pues también colaboró con los alemanes, quizás no en el abastecimiento de submarinos como, sin embargo, se dio «popularmente» por cierto, pero sí de otras muchas formas. Por ejemplo, los agentes italianos destacados en las Baleares se pasaron buena parte de la guerra señalando a March como el principal colaborador de los enemigos en el Archipiélago y a quienes, incluso, prestaba su vehículo —un gran coche de color amarillo, matrícula 196 de Palma— para que se desplazasen por la isla de Mallorca. Claro que hacía lo mismo con los ingleses, lo cual

²⁶ TNA, *War Office* (en adelante WO), 95/5445, *War Diary* (Gibraltar), 19 de mayo de 1915.

²⁷ TNA, FO 185/1252, PARTICULAR Y CONFIDENCIAL, el GSO (naval) al primer secretario de la embajada, Gibraltar, 26 de junio de 1915. «Hunos» era una de las formas con la que durante la Primera Guerra Mundial los aliados —particularmente los ingleses— denominaban a los alemanes.

convertía su conducta en incomprensible. Tampoco los franceses entendían muy bien el «juego» de los británicos.²⁸

El 20 de julio de 1915 Thoroton escribía al embajador Arthur Henry Hardinge —a petición de este— para describirle a grandes rasgos la nueva organización. No debe sorprender el hecho de que ni siquiera el embajador fuera puesto al corriente de todos y cada uno de los detalles del servicio secreto, dado que se estableció como una especie de norma común a todos los servicios no ya la reserva o la confidencialidad, sino el secreto prácticamente absoluto: «El esquema apuntado en su carta ha sido ya organizado con la excepción del oficial de Madrid, y tengo la impresión de que Abinger ya le ha hablado de ello. Cabeza de la organización: yo mismo en Gibraltar; Norte de España: encargado Blackwood, asistente Sullivan, 1 yate que tiene que llegar a finales de este mes; Sur de España: encargado Abinger, con asistentes en Huelva, Sevilla, Málaga (puesto que ya ha sido ocupado), Cartagena (ya ocupado), Valencia (ya ocupado), Barcelona (ya ocupado), y 1 yate. En ambos casos han sido contratados agentes menores».²⁹

Después del verano de 1915, se hizo evidente que el control sobre la Península Ibérica no podía sostenerse exclusivamente desde el mar, en consonancia con los cambios que se habían producido en la guerra y el nuevo papel que adquirirían los países neutrales. Fue entonces cuando se apostó por un sistema global de inteligencia en consonancia con el concepto de «guerra total». La consecuencia más importante de esa nueva percepción consistió en que el servicio de información naval británico amplió sus campos de acción, entrando de lleno en aspectos de la política y la sociedad española. Comenzó a operar como un servicio secreto. Pero ya desde entonces el máximo responsable de la actividad secreta para toda España era oficialmente Thoroton, como el propio Gobierno de Londres se encargó de indicar a sus aliados cuando a finales de 1915 iniciaron el camino de constitución de sus propias redes de información y contraespionaje.

La nueva organización se gestó para funcionar de manera autónoma, con confidentes propios y agentes de campo que el enemigo no pudiese relacionar fácilmente con la representación diplomática. Esas eran las directrices de las llamadas «Nuevas Reglas para el Servicio Secreto» que entraron en vigor en enero de 1916. En ellas queda establecido con claridad que el tradicional

²⁸ Sobre la relación de Charles Thoroton con March, vid. García Sanz, Carolina: «Gibraltar y su campo, un estudio regional de las relaciones internacionales durante la Primera Guerra Mundial», *Hispania*, vol. LXVII, n° 226 (mayo-agosto, 2007), pp. 567-598. También sobre las actividades de March durante la Guerra, vid. Cabrera, Mercedes: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

²⁹ TNA, FO 185/1253, MUY CONFIDENCIAL, Thoroton a Harding, Gibraltar, 20 de julio de 1915.

sistema de información del *Foreign Office* (es decir las redes consulares) quedaría subordinado a Gibraltar. De ese modo, en adelante, se destinó personal de Gibraltar a las oficinas consulares para supervisar los asuntos navales. Con las nuevas normas de funcionamiento se estableció una jerarquía inédita en los consulados, que al igual que sucedió con franceses e italianos generó no pocas dificultades de orden práctico por la disparidad de criterios y la discusión sobre la prevalencia de los mismos. El desconcierto respecto a las nuevas tareas asumidas por el espionaje hizo que, por lo general, las relaciones entre los servicios consular y naval no fueran muy fáciles durante la guerra, pues para los cónsules era evidente que se trataba de una usurpación de jurisdicción.

La concentración de poder del centro de Gibraltar se manifestó en ese sentido imparable. Sus competencias se habían reforzado extraordinariamente al asumir también la dirección de las labores de la inteligencia militar. Aunque la oficina del *Military Control Officer (MCO)* formaba parte de una organización independiente vinculada al servicio de inteligencia militar de Vernon Kell desde Londres (MI5), en España el contraespionaje adquirió una naturaleza mixta a partir de mayo de 1916. Entre los componentes del nuevo servicio se hallaban tanto militares (a las órdenes del Agregado militar Jocelyn C.H. Grant), como navales encargados del control de pasaportes y, en general, los movimientos de personas. Éstos también actuarían apoyándose sobre la infraestructura consular.

La oficina central del servicio se localizó físicamente en el consulado en Madrid (c/ Montesquiza, 6 -1º dcha). El personal destacado en las oficinas centrales lo componían además del Capitán H. Vischer (2º Agregado militar de la Embajada), el Teniente G.M. Tait como su ayudante y dos empleados en labores administrativas. Apenas una semana después de llegar a España, Vischer designó como Oficial de Control Militar (MCO) en Barcelona al Comandante Hastings Edwin Taylor que pertenecía a la reserva de la Marina, y había sido transferido desde ese mismo puesto en Cristianía (Dinamarca).

La penetración del *MCO* significaría la aparición de otra figura en los consulados británicos, el vicecónsul de pasaportes. Su trabajo no sólo abarcaba la gestión de visas, comportaba además recabar datos sobre movimientos de población por otros medios. Sin lugar a dudas, la organización del *War Office* se benefició del aprendizaje extraído en los dos años previos. Como ocurrió con franceses e italianos, también en el caso británico los militares llegaron a extender al control de los pasaportes su ya gran poder: nadie se movía de España sin su conocimiento y, sobre todo, sin su autorización. En líneas generales, en la primavera de 1917, con la introducción del contraespionaje terminaron de orquestarse las líneas de acción del servicio secreto en España. El organigrama, en sus puntos principales, quedaba de

la siguiente forma: Consulado General en Barcelona, el Comandante Taylor asumía las responsabilidades navales y el control de pasaportes; Consulado General en Sevilla, el teniente Gerald Kelly se encargaba de la oficina naval y el teniente Raoul Walsh de los pasaportes; Consulado en Vigo, el teniente Gerald King Spark se encargaba de los visados y el teniente Edmund Gifford era el responsable naval; por último, en el Consulado en Bilbao, el teniente Dawson se ocuparía del control de pasaportes mientras que el Comandante Maurice Mitchell se responsabilizaba de los asuntos marítimos.

Consecuencia inmediata de la expansión de competencias de la inteligencia británica desde temprana fecha, fue que precipitó de alguna manera la creación de los servicios de información franceses. La organización británica se encontraba lo suficientemente articulada como para proporcionar un modelo válido con el que comenzar a trabajar. Sin embargo, las expectativas sobre la colaboración británica en ese nuevo frente de guerra se vieron muy pronto defraudadas. Thoroton se negó por sistema a compartir tanto informaciones concretas como, en general, los privilegios que les había reportado la temprana movilización de su organización en España. Era evidente que los británicos practicaban un «doble juego» con sus aliados, contraviniendo lo acordado por sus superiores en las Conferencias interaliadas de Almirantes. Había sin embargo excepciones, pues los cónsules solían entenderse con mayor facilidad, así como sucedía con las respectivas ramas del ejército de los distintos sistemas de información. Pero hay que entender que nunca — tampoco en la actualidad— los servicios de información se intercambiaban todos sus conocimientos sobre una determinada materia, mucho menos el tamaño y los componentes de sus respectivas estructuras.

Sobre todo para franceses e italianos el año 1916 sirvió de asentamiento sobre el terreno, de definición y modificación de las estructuras e ideas originales para adaptarlas a las necesidades que iban surgiendo. Las campañas submarinas del verano y otoño de aquel año sirvieron para adquirir plena conciencia de la importancia del peligro al que se enfrentaban y la adaptación, en consecuencia, a los nuevos requerimientos. Un dato resulta revelador: en agosto de 1916 más del 82% del tonelaje hundido por el arma submarina alemana se realizó en el Mediterráneo. Para Italia, por ejemplo, sirvió para que el servicio de información de la Marina extendiera sus cometidos al terreno del contraespionaje y se desdibujase en gran medida el papel que pudiera haber tenido en origen el servicio de información del Ejército. Abastecido fundamentalmente por mar, Italia fue el primer país que comenzó a considerar seriamente que el ritmo de los hundimientos de sus mercantes podía llegar a paralizarle. A medida que transcurrían los meses, el papel de España en la guerra aumentaba cada vez más.

Los servicios franceses de información y contraespionaje

Podemos establecer un plazo de ejecución amplio, entre los meses finales de 1915 y febrero de 1916, para asistir al nacimiento de los servicios de información de franceses e italianos en España. De los primeros planteamientos que se ponen en circulación podemos llegar a deducir tanto la percepción teórica del problema como la seguridad con la que se acometen las posibles soluciones. Sin embargo, como veremos, las estructuras que se crean en esas fechas terminarán siendo provisionales, no porque nazcan con este afán sino porque se desconocía en origen el auténtico calado del problema, porque la importancia del «factor España» fue en aumento con el paso del tiempo y, por tanto, aumentaron también las necesidades a las que tendrían que hacer frente. Los servicios de información estaban acostumbrados a la recolección de noticias de carácter «militar», pero no a interesarse por todos los aspectos de la vida de un país. Como en tantos otros aspectos de la Gran Guerra, también en este la realidad superó a todas las previsiones y hubo que adaptarse rápidamente a las circunstancias.

En mayo de 1915 Francia creó una nueva organización del servicio de información basada en la centralización y la coordinación. Como una rama de la *Section de renseignements* se crea la *Section de Centralisation du Renseignement* (SCR), al mando del capitán Georges Ladoux, con la misión de reunir las informaciones de contraespionaje emitidas desde los *Bureaux Centraux de Reinseignemts* (BCR). En el otoño se crea el *5ème Bureau* con el encargo de supervisar las misiones de la SCR y del SR, así como controlar las comunicaciones postales, la censura y la propaganda. Es entonces cuando se extiende la creación en el extranjero de nuevos «postes». Uno de ellos en España.

El servicio de información del Ejército francés en España se puso al mando del agregado militar en la Embajada de Francia en Madrid, Coronel André Marie Joseph Tillion quien estaba en la capital de España desempeñando ese puesto desde 1913. A pesar de que prácticamente desde el estallido de la Guerra había solicitado abandonar España para incorporarse al combate, no tuvo más remedio que permanecer en su puesto hasta septiembre de 1916 cuando fue sustituido. Así, la responsabilidad de iniciar la construcción de la red de información fue suya, como suya fue también la determinación de la estructura y la elección de los hombres en los principales puestos de responsabilidad, es decir, en las distintas jefaturas de los sectores en los que fue dividido el territorio español. Coordinó las primeras acciones de propaganda y se enfrentó junto a sus colegas aliados a la necesidad de organizar las compras en España, principalmente la de aquellos productos más sensibles — las materias primas— para el sostenimiento del

respectivo esfuerzo de guerra. La red fue dividida en amplios sectores, cada uno de ellos al mando de un responsable, quien, a su vez, creaba una red propia formada tanto por agentes franceses como, sobre todo, por informantes españoles que, dependiendo de su importancia, recibían un sueldo mensual o gratificaciones por misiones determinadas.

Para el servicio de información del Ejército francés, la misión más importante, siempre dentro del ámbito del contraespionaje en el que se centraba su actuación, consistía en el control de la frontera hispano-francesa. Sobre todo se trataba de impedir la introducción en Francia de agentes enemigos, fueran alemanes o españoles, para llevar a cabo sabotajes en su territorio. Por lo tanto, en sus manos recaía el control de pasaportes y también el control de la frontera portuguesa; debían realizar labores propias de propaganda y supervisar —esto es, impedir— el tráfico de hombres, armas y dinero al Norte de África.

El 15 de septiembre de 1916, Tillion acudió a cumplimentar a Alfonso XIII al Palacio de Miramar y, a continuación, emprendió viaje de regreso a París. Su sustituto fue un héroe de guerra, el coronel Joseph Denvignes, combatiente del Marne, herido gravemente en tres ocasiones e inútil para el servicio por invalidez. Recuperado de sus heridas fue destinado al Estado Mayor del General Joffre y en septiembre de 1916 enviado a España como agregado militar. Un observador de la época nos lo describe así a su llegada a España: «Delgado, nervioso, ágil, de frase seca y precisa, muy militar, algo estirado, trabajaba lo mejor que podía y sabía por el triunfo de su patria».³⁰ Denvignes desarrolló con ahínco su labor, no modificó nada, obtuvo más recursos económicos que le sirvieron para extender y mejorar el servicio de acuerdo con la experiencia extraída durante el año, lo que redundó en un asentamiento más firme del trabajo a lo largo de 1917 y en poder así llevarlo al máximo de su capacidad ya en 1918.

La fama que se granjeó Denvignes sobre su cercanía a Alfonso XIII era cierta. El militar francés —como se deduce por la lectura de sus documentos— creía verdaderamente en la francofilia del rey y en su sinceridad cuando le expresaba su certeza en la victoria de las armas aliadas. No solamente, Denvignes creía firmemente que la contribución que estaba realizando España al esfuerzo de guerra de los aliados en general pero de Francia en particular, era no sólo importante sino determinante. En más de una ocasión escribiría a París llamando la atención sobre este hecho y realizando gráficas descripciones sobre lo que podría ocurrir si España tomase actitudes hostiles hacia los aliados, hasta el punto —amenazaba— de que podían llegar a

³⁰ Vidal, Fabián: «Un general pacifista», en *La Vanguardia*, 2 de julio de 1930.

paralizarse las ofensivas. Insistía por ello a sus superiores en la importancia que tenía para Francia mantener una más que buena relación con España, comenzando por cuidar las relaciones con Alfonso XIII.

Tanto creía Denvignes en la amistad del rey de España que solicitó la colaboración de éste en una operación secreta que finalmente fue desvelada y abortada por una casualidad, pero que supuso la inmediata destitución del general del puesto que ocupaba en España, en febrero de 1918, consejo de guerra mediante.³¹

A finales de abril de 1918 llegaba a España el Coronel Joseph Tisseyre. No fue un período cualquiera, pues Tisseyre vivió desde España los últimos meses de la Guerra. Los colosales esfuerzos alemanes por llevar a cabo la ofensiva definitiva antes de que llegaran a Francia los grandes contingentes norteamericanos dieron la impresión, por un tiempo, de que podían tener éxito, considerando las acciones encabezadas por el general Ludendorff desde finales del mes de marzo. Las contraofensivas de los aliados requirieron mayores exigencias a España. El verano fue un período muy delicado y los servicios de espionaje y contraespionaje trabajaron en España a pleno rendimiento. En aquellos meses, los servicios aliados se impusieron con claridad a los enemigos, habían ganado la batalla de la propaganda y habían conseguido tener controlado al servicio de espionaje alemán.

³¹ A la prensa —francesa y española— trascendió muy poco sobre un hecho que el propio gobierno de Francia quiso ocultar, ¿Por qué?. El Consejo de Guerra que destituyó a Denvignes y a su segundo en Madrid, el capitán duque Paul Lévis-Mirepoix, lanzó la acusación formal de «comunicación a personas no cualificadas de documentos confidenciales de orden diplomático». El *Petit Parisien* del 18 de febrero de 1918 quitaba hierro al asunto y hablaba de «negligencia» porque un tercero hubiera llegado al conocimiento de unos documentos, decía por otro lado, sin gran importancia. ¿Un tercero? El asunto fue un tanto «chusco»: Odette Florelle, una bailarina, encontró una noche en un taxi una cartera con documentación que entregó a las autoridades militares. La documentación era muy importante pero por las personalidades implicadas y el momento por el que atravesaba Francia, se decidió echar tierra sobre el asunto. La cartera extraviada contenía cartas dirigidas al ex-ministro de Asuntos Exteriores Jean Louis Barthou y al ministro de Marina Georges Leygues, que describían las conversaciones secretas entre el general Denvignes y Alfonso XIII en las que el primero pretendía el concurso del Rey de España para, halagando su gran sueño, obtener la separación de Austria de Alemania y poder llegar así a una paz separada con Francia. Denvignes, conservará siempre un gran concepto sobre Alfonso XIII, como tuvo ocasión de demostrar públicamente en señaladas ocasiones. Por ejemplo, salió a la palestra para defender al Rey de España de las graves acusaciones hechas públicas por Vicente Blasco Ibáñez en su *Alfonso XIII desenmascarado*, Madrid, Aurora, s.a. (Noviembre de 1924). A propósito, el periódico *L'Echo de Paris* le hizo una entrevista al general que fue traducida y publicada íntegra por el español *ABC* el 26 de marzo de 1925. Una de las acusaciones más graves dirigidas contra Alfonso XIII tenía que ver con su comportamiento durante la Primera Guerra Mundial que, a juicio del escritor, se habría inclinado de forma manifiesta a favor de Alemania y en contra particularmente de Francia. Denvignes refutó una por una todas las acusaciones subrayando, al contrario, que sin el grande y decidido apoyo de Alfonso XIII a Francia la historia no hubiera sido la misma.

A principios de febrero de 1915, la Marina francesa comenzó a plantearse la necesidad de enviar, con sede en Barcelona, a un delegado permanente que se moviera por toda la costa, que coordinase las informaciones de otros posibles informadores, con el objetivo de combatir el contrabando y «*d'une manière générale toutes opérations irrégulières*». El hombre designado —en principio para toda la duración de la Guerra— fue Arsène Robine que desde 1903 figuraba como Comisario de 2ª clase auxiliar intérprete (de inglés y español) y que todavía no había sido reclamado a filas. Robine era en ese momento el jefe de la sucursal en Marsella del *Crédit Foncier d'Algérie et de Tunisie* y con anterioridad a ese puesto había trabajado como Comisario en los barcos de la *Compagnie Générale Transatlantique*. Podía considerarse pues que tenía experiencia suficiente para desempeñar la nueva tarea.³² Era pronto todavía como para hablar del temor a la actividad submarina, por ello la actividad a vigilar era el contrabando que podía ser realizado por cualquiera de las naves neutrales. La idea pareció tan apropiada al Estado Mayor de la Marina que, aprobando el envío de Robine, propuso al Ministro que se estudiase la necesidad de enviar también a alguien que se encargase de las costas de Galicia y Portugal.³³

A inicios del otoño de 1915 la nueva situación requería nuevas respuestas porque se consideraba insuficiente el mínimo servicio de información que se estaba ejecutando. Había también razones diplomáticas: a finales de septiembre el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Théophile Delcassé, opinaba que había que estar a la altura de la marina inglesa que, por lo que él había llegado a saber a través de fuentes reservadas, tenía oficiales destacados en España. El caso es que, hasta entonces, la obtención de un buen servicio dependía, sobre todo, de la buena voluntad de las personas enviadas a España. El Jefe de Estado Mayor de la Marina, de acuerdo en el fondo con el ministro de Exteriores, consideraba que no se podía hacer frente a las acciones enemigas en cuestiones de contrabando y de abastecimiento a los submarinos con los diseminados esfuerzos que se estaban llevando a cabo hasta entonces. Éstos requerían una coordinación y una dirección única y «competente» de un oficial de la Marina. Así, el Jefe de Estado Mayor General de la Marina, Eugène Fauque de Jonquières, proponía enviar al teniente de navío Robert de Roucy que reunía a su juicio los requisitos imprescindibles y que sería el responsable de la «*Mission Spéciale de surveillance de la contrebande et du ravitaillement des sous-marins*».³⁴

³² Service Historique de la Marine (SHM), leg. SSEA77, n° 66E, SECRETO, Prefecto Marítimo de Toulon, Vice Almirante Louis de Marolles a Ministro de Marina (Estado Mayor General, 1ª Sección), Toulon 22 de febrero de 1915.

³³ SHM, leg. SSEA77, *Rapport au Ministre*, CONFIDENCIAL, Jefe del Estado Mayor General de la Marina, Vice Almirante Eugène Fauque de Jonquières, París 5 de marzo de 1915.

³⁴ SHM, leg. SSEA77, *Rapport au Ministre*, Jefe del Estado Mayor General de la Marina, Vice Almirante Eugène Fauque de Jonquières, París 31 de octubre de 1915.

En noviembre de 1915 inicia sus trabajos en España el servicio de información de la Marina francesa al mando del teniente De Roucy, nombrado al efecto agregado naval en la embajada de Francia en Madrid, a falta de pocos meses para cumplir los treinta y cuatro años. Descendiente de una de las familias francesas de mayor abolengo, Roucy contaba con cierta experiencia en el puesto que iba a desempeñar en Madrid, pues antes de la guerra había trabajado ya en la 1ª Sección (información) del Estado Mayor General de la Marina. Al estallar la guerra fue destinado a una sección de ametralladoras de infantería de Marina, cuerpo al que pertenecía, que entró en combate en Flandes. Fue herido en tres ocasiones en los primeros combates del Iser, la última de gravedad pues una bala le atravesó el pulmón. Apartado del frente, fue destinado a Roma como adjunto del agregado naval de Francia, puesto que ocupó hasta su nuevo destino en España. Simpático, culto, era un gran conocedor y admirador de la literatura contemporánea española, como recordó años después el hispanista Camille Pitollet quien trabajó a sus órdenes en Madrid durante la Gran Guerra.³⁵ En marzo de 1917 contrajo matrimonio en Madrid con Louise Thaon Díaz-Bayá, viuda del capitán Thaon muerto en 1914 en los combates de las Ardenas. En el verano de 1917 fue obligado a abandonar su puesto en Madrid debido a la deslealtad de un empleado. El caso es que llegó al despacho de Alfonso XIII la copia de un informe de De Roucy remitido a París, en el cual criticaba abiertamente la conducta del rey de España. Éste exigió la dimisión del agregado naval. La verdad es que si en aquellos mismos meses hubieran llegado a manos del rey todos los despachos diplomáticos y militares que le criticaban, Madrid se habría quedado sin embajadores ni agregados militares de los países aliados.

Sin embargo, la relación de De Roucy con Alfonso XIII no había comenzado mal. La primera vez que lo vio sacó incluso impresiones muy positivas. Fue «oficialmente» el comienzo de su misión en España. El 11 de diciembre de 1915 el coronel Tillion presentó al Rey a su colega De Roucy en audiencia particular. En su informe sobre la entrevista, De Roucy confirmó la opinión común que corría sobre Alfonso XIII: su gran interés por todo lo referente a la Guerra, sus sentimientos de simpatía al respecto de Francia y su abierta cordialidad en el trato. De Roucy quedó sorprendido por la insistencia del jefe del Estado español en subrayar sus simpatías por los franceses mientras que ponía de manifiesto su abierta antipatía «à l'égard de nos alliés anglais». En fin, a él quizás no le chocaba tanto la admiración del rey por el general Joffre —algo correcto desde el punto de vista diplomático—,

³⁵ Pitollet, Camille: «Recuerdos de Don Armando Palacio Valdés», en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, a. XXXIII, n° 1 (enero-junio 1957), pp. 72-120.

como su opinión de que los aliados deberían actuar bajo un único mando, y que este debería recaer en la persona del general francés, al frente de todas las fuerzas aliadas «*partout et en tout*». A su colega Tillion no le sorprendía, porque a esas alturas ya estaba acostumbrado a la relación con Alfonso XIII y a sus «interpretaciones» sobre la marcha de la Guerra.³⁶

Inmediatamente después del nombramiento de De Roucy, se ordenó al agregado naval de Francia en Londres que comunicase a los aliados las novedades que estaban implantando con respecto a España. Desde allí, el capitán de navío Jean Charles Le Gouz de Saint-Seine comunicó que los ingleses le habían informado de que «todo el servicio de informaciones británico en la Península Ibérica» estaba bajo la dirección del comandante Charles Julian Thoroton, un agente muy bien valorado por el Almirantazgo, con quien, siguiendo órdenes de París, De Roucy debía entrevistarse cuanto antes.³⁷ Los franceses se las prometían muy felices en su cooperación con los ingleses pero lo cierto es que la coordinación en su actuación en España dejó siempre mucho que desear y, al contrario de lo esperado, fue una fuente permanente de problemas. De manera hartó recurrente, compitieron por la preeminencia en muchos de los lugares donde compartían representación.

En teoría De Roucy tenía las cosas fáciles porque las órdenes de París eran muy claras y la estructura que se le solicitaba dirigir estaba concebida en términos modestos. En este sentido, su responsabilidad en la creación, ampliación y puesta en funcionamiento de la red de información que comenzó siendo de «servicio de vigilancia de los submarinos enemigos en las costas de España» estaba ceñida a unos parámetros muy generales pero que le apartaban, en principio, de una responsabilidad similar a la de su colega del Ejército: sus hombres, como responsables en los distintos sectores en los que quedaba dividida la costa española, debían informar directamente a Toulon, si estaban destacados en el Mediterráneo, y a La Rochelle, si trabajaban en la cornisa cantábrica. Su labor como responsable de la red debía «limitarse» a inspeccionar los sectores, a garantizar que se llevaba a cabo el trabajo de acuerdo con las directrices y los intereses superiores. Muy pronto, en enero de 1916, le enviaron una amonestación desde París: no estaba cumpliendo con estas órdenes porque era él quien centralizaba todas las informaciones de los distintos sectores, lo cual —desde el punto de vista del Estado Mayor de la Marina— hacía que se perdiera operatividad, la rapidez necesaria para que, en caso de necesidad, se pudiera actuar militarmente con prontitud tanto desde el frente

³⁶ SHM, Leg. SSEA77, nº 3, *Audience du Roi*, Agregado Naval a Ministro de Marina (EMG, 1ª sección), Madrid, 13 de diciembre de 1915.

³⁷ SHM, SSEA77, nº 1807, SECRETO, Agregado Naval de Francia en Londres al Estado Mayor General, 1ª Sección, Londres 26 de noviembre de 1915.

atlántico como desde el Mediterráneo.³⁸ Pero pronto, y a consecuencia, por un lado, del conocimiento alcanzado sobre la red del espionaje enemigo en España y, por otro, del cambio de circunstancias de la guerra (el inicio de las campañas submarinas en las costas españolas), casi como una secuencia natural, De Roucy se cargaría de razones para adquirir numerosas competencias y misiones, entre otras también las del contraespionaje.

En principio, pues, la estructura nacía de la ampliación del funcionamiento tradicional de la información para el Estado Mayor. Es decir, el eje de la nueva misión de información — fuera el Ejército o la Marina— se centralizaba en los agregados en la Embajada de Madrid. La tradicional tarea de los representantes militares, es decir transmisión de noticias útiles a los Estados Mayores sobre el país ante el que estaban acreditados, se ampliaba en la misma medida que cambiaban también las atribuciones de los agregados. En principio, el esquema que se adoptó fue muy sencillo. En primer lugar, España quedaba dividida en «sectores» que comprendían amplios espacios de costa. El optimismo inicial condujo a crear sólo cinco grandes divisiones que se elevarían a siete en agosto de 1916, ocho en octubre, once en marzo de 1917 y hasta diecinueve en octubre del mismo año,³⁹ cuando el sustituto de De Roucy, el capitán de fragata Aristide Bergasse Du Petit Thouars, llevó a cabo una especie de recapitulación completa del servicio, exigiendo a todos sus colaboradores un detallado informe de situación en cada uno de los sectores lo que terminó por traducirse en un último pero poderoso relanzamiento de la actividad en todos los aspectos.⁴⁰

³⁸ «vous avez modifié cadres d'une organisation qui avait été fixée» SHM, SSEA77, Telegrama cifrado, Estado Mayor de la Marina (1ª Sección) al Agregado Naval en Madrid, París, 29 de enero de 1916.

³⁹ En origen, la cornisa cantábrica se dividía en dos sectores, Andalucía en otros dos y quedaba otro más que lo componía Cataluña. Alexandre Hanquez, militarizado con el grado de sargento, era el director de la petrolera francesa *Deutsch et Cia* con sede en Santander. Permaneció durante toda la guerra como responsable de este sector que, sin embargo, se fue reduciendo a medida que se fueron subdividiendo en espacios de control más concretos. Albert Laplace era suboficial de la reserva del Ejército francés destinado a la Marina para la que trabajaba como responsable del servicio de información para Andalucía occidental con sede en el 2º piso de la Plaza de la Campana nº 8 de Sevilla. Desempeñó este cometido hasta enero de 1919. Edmond-Léopold Guillemín, fue militarizado al estallar la guerra y destinado a los Talleres de Construcciones de Tarbes. Fue reclamado por la Marina militar al ministerio de la Guerra (Subsecretaría de Estado de Municiones) a finales de noviembre de 1915, para servir en España a las órdenes del Agregado Naval, dados sus conocimientos sobre este país. Como agente fue destinado a la vigilancia en la zona Málaga-Valencia para el servicio de información de la Marina y responsable del sector. Fue el inicio de las campañas submarinas de Alemania en el Mediterráneo occidental, a partir de la primavera de 1916, lo que hizo que la estructura se fuera haciendo más compleja para adaptarse a las nuevas circunstancias.

⁴⁰ Bergasse Du Petit-Thouars (1872-1932), descendiente de una familia de larga tradición en la Marina, era hijo del Vicealmirante Abel Bergasse Du Petit-Thouars, héroe de la Marina Militar de Francia. Sirviendo todavía en España, fue ascendido a Capitán de Navío en septiembre de 1918.

Cada jefe de sector era el responsable de organizar el servicio contratando a los agentes que se considerasen necesarios siendo, en la gran mayoría de los casos, ciudadanos españoles. Dependiendo de su grado social —equivalente a las posibilidades de obtener mayor y más útil cantidad de información— venían a cobrar un sueldo mensual o una cantidad de dinero establecida por los logros que alcanzasen (seguimientos, vigilancias portuarias, robo de documentación, información sobre agentes enemigos, etc).

En segundo lugar, la colaboración de las representaciones consulares se convirtió en un elemento fundamental para el funcionamiento de los servicios de información. Francia tenía en España poco más de setenta localizaciones consulares de todas las categorías, desde las simples representaciones honorarias regentadas en muchos casos por españoles, pasando por las agencias consulares hasta los consulados generales en Madrid y Barcelona. Dado que escaseaban los diplomáticos de carrera, lo más habitual era que nacionales con larga presencia en el puesto de representación —mayoritariamente localidades costeras— fuera quienes asumieran la representación consular. La mayor parte de ellos se habían establecido en España por motivos económicos: muchos eran consignatarios de buques, armadores, comerciantes, etc. Contar con las representaciones consulares ofrecía muchas ventajas pues a través de ellas se podían enviar legalmente comunicaciones cifradas o podían poner bajo su protección, incluso como empleados, a aquellos agentes e informantes que de otra forma podían tener complicado justificar una actividad o su presencia en un lugar determinado. Además, los representantes consulares solían «controlar» el territorio, eran conocidos en los ambientes selectos, tenían presencia en los círculos políticos, sociales y económicos de los respectivos territorios, y se constituían de esta forma en agentes de información de una manera natural.

Así pues, contar con el apoyo de las redes consulares tenía, en principio, pocos inconvenientes. Al menos en el caso francés, aunque también los hubo, se detectan menos problemas de los que tuvieron ingleses e italianos. Hubo diplomáticos que admitieron a duras penas esa distorsión evidente de sus tradicionales misiones. No debía ser sencillo para un cónsul de carrera ponerse a las órdenes de un joven sargento o de un teniente; incluso, en ocasiones, depender de aparentes advenedizos en sus secretas misiones. Los británicos tenían en España más de cincuenta representaciones consulares y los italianos más de cuarenta. Todos adoptaron el mismo modelo. Para los tres beligerantes al igual que hicieron —antes que sus oponentes— los imperios centrales, las redes consulares acabaron siendo progresivamente subsumidas por el imperativo de las labores del espionaje y del contraespionaje, es decir subsidiarias de las actividades secretas que terminarían por vaciar de

contenido las tradicionales misiones de las representaciones diplomáticas. Es más, hubo muchos casos, sobre todo el de los italianos y franceses, en los que los cónsules no sólo no eran meros, aunque importantes, «colaboradores» de la red de información sino que se convertían en los auténticos jefes del sector en el que estaba instalada la representación. Por citar algunos nombres significativos, fueron los casos de los franceses Charles Lombard (agente consular en Gandía, responsable del sector Sagunto-Valencia-Alicante), Louis M. Santi (Cónsul en Málaga, responsable del sector de la costa sur de España), Joseph Dumoulin (Granada, responsable del sector Granada-Almería), Edouard Clavery (Cádiz) y de los italianos Luigi Arduini (Alicante), Antonio Brocca (Almería), Camillo Calamari (Cartagena), Ricardo Piccio (Zaragoza), Guido Paganini (Vigo), etc.

Si las nuevas organizaciones secretas, nunca antes ensayadas en lugar alguno a tal escala, iban a asumir competencias que hasta ese momento habían desarrollado las embajadas y los consulados, ello se debía a que la «información» se estaba convirtiendo en un concepto omnicomprendido y difícilmente escindible en apartados estancos. Incluso la propia Embajada, garante en último término de coordinar y mantener —en la medida de sus posibilidades, que no eran muchas— las «buenas maneras» de los servicios secretos, tendrá dificultades para controlar totalmente las actividades de sus propias redes de información y contraespionaje, y discernir los campos de acción de cada uno de los servicios enviados al enorme escenario de batalla en el que se iba a convertir España.

Los servicios italianos de información y contraespionaje

De todos los aliados, el caso italiano era el más complejo. No tenían grandes intereses económicos directos en España, ni fábricas (salvo la *Pirelli* y *Ercole Marelli*), ni minas, ni fundiciones, ni grandes intereses financieros, como tampoco una gran capacidad de presión política sobre los órganos españoles de decisión como la que podían ejercer —y de la que solían hacer alarde— franceses y británicos. Además, su colonia, aunque era histórica y numéricamente importante sobre todo en Barcelona y en algunos puertos pesqueros de la cornisa cantábrica, no era cualitativamente tan trascendente como la de sus aliados.

En un viaje paralelo, aunque con cierto retraso, al realizado por sus aliados franceses, el Comando Supremo del Ejército italiano venía manejando desde el otoño de 1915 la posibilidad de establecer en España un servicio de contraespionaje. La constatación de que los franceses habían creado ya su ser-

vicio de información en España movió a los italianos a emprender y acelerar la carrera en el mismo sentido. De esta forma, además de servir a sus propios intereses, buscaban también una colaboración más estrecha con los aliados. Además el caso de Italia es, con respecto a Francia y Gran Bretaña, similar y al mismo tiempo muy diferente. Similar en cuanto a que el modelo inicial de estructura de información siguió, fundamentalmente, el ejemplo implantado por Francia, y no se distinguió mucho en cuanto a los objetivos y los escenarios a cubrir. Diferente por múltiples razones. La primera, porque Italia no entró en guerra contra Alemania hasta agosto de 1916, lo cual creó problemas de comunicación y muchos recelos entre los distintos servicios; la segunda, al no tener el cúmulo de intereses que tenían sus aliados, su mirada sobre España era también distinta y, si se quiere, incluso más objetiva aunque no dejasen de verla desde las alturas de la política de potencia; la tercera, Italia, también a diferencia de sus aliados, se abastecía fundamentalmente por mar y, en consecuencia, los ataques submarinos en el Mediterráneo podían causarle un gravísimo daño; la cuarta, no dispuso nunca de medios suficientes para financiar sus operaciones en España, por lo que, en parte, tuvo que hacer la guerra secreta con los recursos que podía encontrar y extraer en el propio terreno y, en parte, realizar un trabajo más intensivo y también más imaginativo; por todo ello, fueron los italianos quienes más empeño pusieron en la creación de un «mando único», también en la guerra del espionaje y del contraespionaje, en buscar la colaboración y la coordinación entre los servicios.

Italia tenía destacado en la Embajada en Madrid como agregado militar al capitán de caballería de complemento conde Giuseppe Sannazzaro Natta que había llegado a España en noviembre de 1915 en sustitución del mayor Maurizio Marsengo quien, en el mes de junio, había solicitado su repatriación para incorporarse a filas⁴¹. Una de las primeras directrices que le había encargado el Comando Supremo fue estudiar la creación de un servicio de información en España. La víspera de Navidad enviaba a la jefatura un largo informe donde hacía una especie de «estado de la cuestión». La descripción de la situación de los italianos en España dibujaba un panorama lamentable.⁴²

Estamos en estado de inferioridad en España —escribía Sannazzaro— porque la posibilidad de servirnos de los españoles para conseguir noticias es muy escasa dado que el «espíritu público» dirige sus simpatías más hacia

⁴¹ Sannazzaro fue ascendido a mayor «por méritos especiales» en 1917 y en mayo de 1918 solicitó y le fue concedida su incorporación en filas. Vid. AUSSME, G-29, R-2, C-11, r. n° 1091, *Adetto Militare alla Regia Ambasciata di Madrid*, Comando del Cuerpo de Estado Mayor, Reparto Operaciones, al Comando Supremo, Roma, 5 de junio de 1915.

⁴² USSME, F1, R139, C8, n° 55, *Informazioni, sottomarini, contrabbando*, Agregado Militar de Italia en Madrid y Lisboa al Comandante en 2º del Cuerpo de Estado Mayor (Comando Supremo, Reparto Operaciones, Oficina Informaciones), Madrid, 23 de diciembre de 1915.

los imperios centrales que hacia los aliados y tampoco de éstos, de los residentes en España, podemos tener certeza de apoyo. Tampoco la situación de consulados y agencias consulares de Italia en España inspiraba mucha confianza: «regiones enteras y vastas extensiones de costa carecen absolutamente de cualquier mínima vigilancia o porque no hay consulados y agencias o porque los titulares de las mismas son españoles notoriamente germanófilos y de los cuales no es posible fiarse en absoluto». Una vez señaladas las dificultades subraya la importancia del escenario español:

«Que sea absolutamente necesario preocuparse seriamente de cuanto sucede aquí, lo demuestra la importancia que, ciertamente, le otorgan los enemigos a esta fuente de aprovisionamientos y a este centro de actividad para la guerra submarina y, en efecto, con la campaña que, por medio de la prensa, se va haciendo ante la opinión pública se nota también un aumento notable del personal de la Embajada alemana que antes de la guerra no tenía más que cuatro personas y ahora tiene siete, sólo las acreditadas, sin contar todo el personal adjunto y que se enriquece con elementos alemanes aquí residentes».

Se lamentaba de que los espías alemanes viajasen por toda España sin ser molestados y de que hubieran «ocupado» posiciones formidables en lugares estratégicos como eran los hoteles y los clubs privados donde o contaban con personal propio o españoles que trabajaban para ellos. En fin, su conclusión era que había que crear cuanto antes un servicio de información «con unidad de concepto y de dirección».

Los militares querían conocer también la opinión de la única persona en España que tenía bajo su responsabilidad algo parecido a un servicio de vigilancia, el cónsul general en Barcelona, Riccardo Vittorio Motta. Este envió un largo informe describiendo la situación en la capital de Cataluña y en toda la costa mediterránea que entraba dentro de su jurisdicción: cómo estaban operando ya los alemanes y en qué modo se habían organizado sus aliados, franceses e ingleses. Frente a esa situación, en la que insistía varias veces en subrayar que los medios económicos utilizados por enemigos y aliados son abundantes, presenta el triste «cuadro italiano»: Tenía bajo su responsabilidad el «control» de 1.650 kilómetros de costa y 550 pesetas a su disposición, 250 de las cuales gastaba en prensa, otras 250 destinaba a pagar a los consulados aliados para gastos comunes de vigilancia marítima y 50 pesetas para similar actividad en el puerto de Málaga; por último, para toda la labor de vigilancia sólo contaba con dos agentes: uno, Federico Luigi Maria Bonino, destinado a las Baleares, y otro, llegado a España a finales

de 1915, el triestino Giovanni Banelli, teniente de navío de complemento, con el encargo de moverse por toda la costa. Con esto, concluía el Cónsul, resultaba imposible hacer «milagros».⁴³

Pero en Roma ya conocían la situación de España y llevaban tiempo convencidos de la necesidad de crear un servicio de información que, en algunos aspectos, se inspiraría en el modelo de los franceses, pero que seguiría en otros la experiencia obtenida con la organización creada en Suiza y de la cual tenían la mejor de las opiniones. De hecho se propusieron enviar a España al ingeniero Carlo Moriondi, capitán del cuerpo de los Alpinos, que con la cobertura de agregado comercial había sido enviado a la Legación de Italia en Berna para crear allí la red de información y contraespionaje. Este país era el mayor centro de ese tipo de actividades en toda Europa desde el mes de agosto de 1914. Impuesto por el imperativo geográfico de ser territorio confinante con los dos bandos beligerantes y único camino para acceder de uno a otro, presentaba en consecuencia la mayor prioridad, tanto desde el punto de vista de los servicios de información, en sentido estricto, como de la actividad de contraespionaje. España planteaba un escenario completamente distinto y, en consecuencia, también necesidades distintas.

A finales de febrero de 1916 el coronel Giovanni Garruccio, Jefe del *Ufficio Informazioni del Comando Supremo*, comunicó al ministro de Asuntos Exteriores, Sidney Sonnino y al embajador en Madrid, Lelio Bonin di Longare, que se había llegado al final de la fase de consultas abiertas para la creación de un servicio de información y de contraespionaje en España.

Dadas las condiciones de España, para Garruccio sería el Ejército, representado por el agregado militar, quien debería ejercer las labores de contraespionaje. Porque, además, no era imaginable que los agentes enemigos trataran de infiltrarse en Francia y en Italia únicamente a través de la frontera suiza. Así, el *centro speciale* a crearse en Madrid centraría su atención principalmente en «un trabajo de contraespionaje, extendido en todos los modos y en todas las direcciones más útiles para aportar su contribución también al servicio de informaciones». Por último, también dentro de las competencias del agregado militar entrarían las relaciones con la prensa española «que nos es en general hostil, también porque en gran parte está a sueldo de Alemania». Para esta tarea el Centro se encargaría directamente de la propaganda (mediante artículos, noticias, fotografías, etc.) en la prensa afín a los aliados, mientras que la prensa más hostil («clericales» y carlistas) merecería un trato especial que, en principio, sería dirigido desde Roma.

⁴³ AUSSMM, leg. 650, n° 286/19, *Sorveglianza e polizia*, Cónsul General de Italia en Barcelona a Ministro de Asuntos Exteriores, Barcelona, 1° de febrero de 1916.

Por último, como fundamental medida operativa se establecía que un correo militar semanal conectaría Madrid con París y Udine, sede del Comando Supremo.⁴⁴ Ya iniciado el mes de marzo, el Comando Supremo del Ejército daba también por constituido el servicio de contraespionaje iniciándose el trabajo con tres hombres enviados a Madrid, además del propio Agregado Militar. Lo cierto es que la realidad se impuso a todos los cálculos previstos y, como veremos, acabaría siendo la Marina y no el Ejército, la auténtica protagonista tanto de la información como del contraespionaje.

Por su parte sería la Marina a través de un agregado naval quien debería asumir el trabajo de información, pues —reflexionaba Garruccio— el hecho de que el enemigo hubiera adquirido ventaja en referencia a la «guerra marítima» exigía la implantación de un servicio de información que tendría que estar vinculado, por fuerza, a las actividades de la Marina de guerra. Pero para la Marina los problemas eran en origen mucho mayores que para el Ejército. Al fin y al cabo, este contaba con la tradición de disponer de un agregado que se había podido mover con soltura durante mucho tiempo entre los ambientes políticos, militares y también en la propia Corte. La Marina no disponía de un agregado naval en la Embajada de Italia en Madrid y las informaciones que llegaban al departamento responsable, el *Ufficio IV* o *IV Riparto*, dependiente directamente del Gabinete del Jefe de Estado Mayor, tenían su procedencia en los consulados y en la Embajada.

El hombre clave, un poco por casualidad, para crear, según las previsiones, un servicio de información dependiente de la Marina fue el Capitán de Corbeta Filippo Camperio, que acababa de cumplir 42 años cuando llegó a España en diciembre de 1915. Descendiente de una de las familias milanesas más conocidas por su lucha contra los austriacos y por la unidad de Italia durante el *Risorgimento*, se hicieron internacionalmente famosos por los viajes y exploraciones de su padre Manfredo quien inculcó en su hijo la misma inquietud. Antes de finalizar el siglo, Filippo (*Pippo*, como se le conocía comúnmente) ya había dado varias veces la vuelta al mundo y realizado largos viajes en solitario con apenas 20 años. Robusto, físicamente fuerte, sin duda era un hombre de acción, había luchado contra los piratas del Mar Rojo, contra los *boxers* chinos, había acompañado a los rusos en la guerra contra el Japón y, en fin, había combatido en la Guerra

⁴⁴ Archivio Storico Diplomatico Ministero Affari Esteri (ASDMAE), Archivio Politico Ordinario e di Gabinetto (APOG), ITALIA, leg. 145, n° 3679, SECRETO, Oficina Informaciones del Comando Supremo a Ministro de Asuntos Exteriores, Roma, 27 de febrero de 1916. En octubre de 1916 el *Ufficio Informazioni (Ufficio I)*, dependiente del *Riparto Operazioni del Comando Supremo Militare Italiano* fu completamente reorganizado dividiéndose en dos secciones: *Servizio Informazioni (Servizio «I»)* y *Ufficio Informazioni Truppe Operanti (Ufficio I.T.O.)*.

de Libia y también había estado en la agregaduría en Washington. Cuando fue destinado a España en principio en «misión especial», ostentaba la comandancia de la plaza de Grado. Sorprende, en consecuencia, que mientras los franceses enviaron a España oficiales que de una u otra forma no podían estar en el servicio activo, de combate, los italianos enviasen a un hombre como Camperio.⁴⁵

En principio Camperio fue enviado a España para inspeccionar las medidas tomadas en Gibraltar con el fin de regular y proteger el tráfico del Mediterráneo y, fundamentalmente, para efectuar todas las compras de barcos que pudiera a lo largo de Andalucía. Precisamente estaba cerrando un trato con el senador Ramón de Carranza para la adquisición de cuatro barcos cuando, mediado el mes de enero, recibió del *Ufficio IV* un documento para que diera su opinión al respecto. Se trataba de un *schema di programma per il servizio di informazioni e sorveglianza sulle coste spagnuole divise in zone speciali*⁴⁶. Camperio debía examinar el documento y proponer las variaciones que considerase oportunas, pero debía partir de la base de que el servicio de informaciones a implantar en España debía tener dimensiones «modestas» por motivos económicos, por supuesto, pero fundamentalmente porque impedir absolutamente el abastecimiento de los submarinos alemanes —lo cual se daba como un hecho cierto y comprobado— era imposible «sin la enérgica intervención del Gobierno español, sobre la que poco se puede contar, y sin declarar el bloqueo de la costa lo que no es admisible dadas las relaciones entre España y las potencias de la Entente».

En primer lugar, desde Roma se proponía establecer cuatro zonas de vigilancia (Cádiz-Gata; Gata-San Antonio; San Antonio-frontera; Baleares) cada una de las cuales se centralizaría en Barcelona, desde donde el cónsul remitiría por escrito las informaciones tanto a Madrid como al Ministerio; en segundo lugar, como fundamental medida de cobertura y apoyo, se establecerían dos nuevos consulados en Palma de Mallorca y en Alicante y posiblemente también en Cartagena; en tercer lugar y a imitación de lo que ya estaban haciendo franceses e ingleses, se proponía que el personal con destino a estas funciones estuviera compuesto en su mayor parte por «richiamati» (ciudadanos en edad militar), residentes en España y, por lo tanto, con

⁴⁵ Filippo Camperio (1873-1945), fue ascendido a capitán de fragata mientras seguía en España, el 5 de mayo de 1918. Casado con la norteamericana Eleonor Terry, tuvo cuatro hijos uno de los cuales, Terry Dalmazia, nació en España en 1918. Capitán de navío por méritos de guerra, por R.D. del 20 de octubre de 1919, fue elevado al grado de contraalmirante por R.D. de 19 de agosto de 1927. Camperio fue un convencido sostenedor del régimen fascista.

⁴⁶ AUSSMM, leg. 650, f. 4, *Servizio informazioni*, RISERVATISSIMO PERSONALE, *Ufficio IV*° al Capitano di Corvetta Cav. Filippo Camperio, R. Consolato d'Italia, Gibilterra,, n° 031926, Roma, 16 de enero de 1916.

experiencia en el país y conocedores de su lengua, costumbres, etc.; en cuarto lugar, se insistía sobre el objetivo del servicio: tener en España un modesto servicio de información «que nos tenga, en la medida que sea posible, al corriente de avistamientos y acciones de sumergibles enemigos en las aguas españolas, indagando cuales son las localidades a las que generalmente acuden los submarinos, o si se encuentran con naves para los abastecimientos, con el objetivo de seguir sus movimientos en el Mediterráneo». Por último, se manifestaba que en ningún caso se podría alcanzar el mismo nivel que los aliados, ya que se carecía de los medios para afrontar gastos tan elevados, sin dejar pasar la oportunidad de lamentar la falta de apoyo de franceses e ingleses, pero particularmente de estos últimos, que se negaban a pasar información alegando que los italianos no estaban en guerra contra Alemania.

Camperio ya había intercambiado impresiones con su colega militar y estaban de acuerdo en adoptar en algunos aspectos el sistema que ya usaban los franceses, como por ejemplo el uso de agentes móviles o «volantes» que ya conocían España y disponían de un automóvil para acudir allá donde fuera necesario, pero daba algunas indicaciones producto, sobre todo, del tiempo que había pasado en Gibraltar y en las ciudades de la costa de Andalucía. En primer lugar, proponía que se establecieran tres rutas «de seguridad» para la navegación de la marina mercante, lo que facilitaría a su vez la vigilancia militar: A) la llamada «ruta española», que consistiría en navegar lo más próximo posible a las costas de España —dentro de las aguas territoriales siempre que fuera factible— para poder refugiarse en sus puertos en caso de peligro; B) La segunda alternativa, desde Cabo de Palos se dirigiría con rumbo Noreste para discurrir al Sur de las Baleares y en vista de las Islas; C) La tercera iría más al Sur de la anterior para girar (en latitud 39° 20' N y Longitud 5° 10' E) al Norte. En segundo lugar, consideraba que si debía existir un oficial que coordinase toda la información que se recabase, deberían crearse tres centros o sectores principalmente: Madrid, Barcelona y Gibraltar. En último lugar, ante la perspectiva que se le planteaba de que él mismo eligiera el encargo que debería tener en esa estructura, respondía, resignado por las circunstancias, que su situación en ese momento le hacía sentirse como un «desertor», que él quería un puesto de combate pero que estaba dispuesto a obedecer «con el sacrificio de todas mis aspiraciones morales».

Con estas informaciones el Estado Mayor de la Marina italiana decide, mediado el mes de febrero, establecer el servicio modificando algunos de los puntos que aparecieron en su primera propuesta. En primer lugar, el Gobierno nombraría un agregado naval en la Embajada de Madrid, quien se convertiría en el responsable único del *servizio di informazioni e sorveglianza costiera*. La persona elegida era el capitán de corbeta Filippo Camperio. En adelante,

el Consulado en Barcelona dejaría de realizar las funciones de información que había llevado a cabo hasta entonces y se ampliaba al mismo tiempo la red consular mientras que otras representaciones se elevaban de categoría. Los cónsules tampoco tendrían ya la responsabilidad de la comunicación con los barcos que hacían ruta por costas españolas y solo el agregado naval en Madrid o la oficina de la Marina italiana en Gibraltar quedarían autorizadas para realizar esta labor que, principalmente, consistiría en avisar sobre los posibles peligros en la ruta y la desviación en caso necesario a otros puertos distintos de los previstos.

Nombrado oficialmente Agregado Naval en el mes de marzo de 1916, el 5 de abril Camperio fue recibido en audiencia por Alfonso XIII. Comenzaba así oficialmente su misión. La verdad es que Camperio no demostró un gran entusiasmo sobre ese encuentro en el informe que envió a Roma. Destacando lacónicamente la cordialidad del rey, subrayó la alabanza que dedicó el monarca al trabajo que estaba haciendo la artillería de montaña y a la organización industrial italiana de la que dijo que era «con mucho muy superior a la de los países aliados (se refiere a Francia e Inglaterra)», para centrarse en hacer un simple elenco —que resulta hasta irónico— con los titulares de los temas abordados en la audiencia.⁴⁷

Al iniciar su trabajo el agregado militar de Italia contaba con tres agentes a su cargo, el principal de los cuales, el teniente de complemento de artillería Carlo Carandini se convertiría muy pronto en su adjunto, papel que desempeñaría a lo largo de toda la Guerra. Por su parte, entre marzo y abril de 1916 el agregado naval contaba en España con un puñado de agentes que tenían el encargo de vigilar toda la costa Mediterránea: A los ya entonces «veteranos» Federico Bonino y Giovanni Banelli, se sumó en enero Nicola Magliozzi, suboficial de la Marina Militar; Tovani, capitán de la marina mercante que apenas trabajaría tres meses en Barcelona; Giovanni Addis, cabo de segunda clase, a quien se destinó a la vigilancia portuaria en

⁴⁷ AUSSMM, T3, leg. 650, fasc. 3, nº 910, Agregado Naval de Italia en Madrid a Jefe de Estado Mayor, Madrid, 5 de abril de 1916. Estos son los temas abordados en la entrevista que duró 40 minutos: «Su Alteza Real el Comandante de la Flota; acción contra los submarinos; bases de la escuadra austríaca; entrada de los sumergibles por el Estrecho de Gibraltar; servicio aéreo para descubrir sumergibles; visibilidad de los mismos desde lo alto; sumergibles españoles en construcción por la *FIAT-SAN GIORGIO*; incursiones aéreas del enemigo sobre la costa adriática italiana; motores para aeroplanos; Motores *ISOTTA-FRASCHINI*; magnetos; carburadores; pilotos; relación entre el número de pilotos y aparatos necesarios; baterías y tiro antiaéreo; sistema de puntería; caballería; Lanceros de Florencia; Granaderos de Cerdeña; su acción sobre Monfalcone; Alpinos; transporte de cañones en los Alpes; soldados sicilianos y sardos; nuestras pérdidas; defensas austríacas; carbón, su transporte desde Inglaterra y precio en Italia; fletes; situación financiera en Italia; aprovisionamientos en España; riquezas mineras de España».

Málaga y después al «control» de la costa hasta Gibraltar; y destacado en la colonia inglesa con misiones de enlace de la Marina y también con patente consular, el cabo timonel Vincenzo Lazzaro. Rápidamente se incorporaron al servicio los italianos residentes en España que habían sido ya llamados a filas, Federico Artom, ingeniero de la factoría *Pirelli* de Vilanova i la Geltrú, con el grado de teniente; Ricardo Piccio, comerciante originario de Civiasco (Novara) regente de la Agencia Consular de Italia en Zaragoza, con el grado de sargento; Francesco Francisci, soldado; Ferdinando Oppi, jefe técnico en una fábrica de Barcelona, con el grado de soldado. Con ellos surgirían también los primeros agentes o informantes españoles que sobre todo se dedicaban a la vigilancia portuaria: Manuel Creus Vidal en el puerto de Tarragona y Alberto Oliva y M. Tarragona en el de Barcelona. Antes de llegar el verano el número de agentes se había triplicado y seguiría aumentando a lo largo de la guerra aunque nunca en la medida de sus aliados.

Cada servicio secreto usaba, evidentemente, sus propios códigos de comunicación, comenzando por el uso de nombres o números en clave para disfrazar la personalidad de los firmantes de los numerosos informes y telegramas que había que intercambiar con frecuencia. Así mientras que los franceses acabarían por adoptar la firma con la inicial del nombre del sector en el que trabajaban acompañada por un número que indicaría el nombre de la persona —por ejemplo, el jefe del sector de Barcelona sería *BI*—, los italianos tenían libertad para escoger sus propios alias o nombres en clave. Por ejemplo, teniendo en cuenta la sucesión de nombres aportada en el párrafo anterior la serie en clave resultaría: *Anselmo, Testa, Mz, Ti, SARD, Livor, Tramont, Civis, F, O*. El jefe, Camperio, adoptaría el nombre en clave *Siegfried* —el más usado, pues empleó varios— que parecía en principio una inocente burla del enemigo pero que, en realidad, se trataba del apellido de su madre Marie de origen alsaciano.

Muy pronto, lo que se había previsto que fuera poco más que un servicio de vigilancia portuaria, se convirtió bajo la dirección de *Siegfried* en un complejo servicio de contraespionaje que abarcaría todo el territorio español y una gran cantidad de aspectos. Hasta el punto de que el enviado de la Marina se convirtió para Roma en el hombre clave para resolver cualquier asunto, de cualquier naturaleza, que tuviera que ver con España.

Los italianos fiaban una parte importante de su trabajo en la colaboración que pudieran prestarle sus aliados. De hecho, la Conferencia de los Almirantes de los países aliados celebrada en Malta en el mes de marzo de 1916 estableció, entre otras cosas, que sus respectivos servicios de información se intercambiaran todos aquellos datos que fueran útiles para la causa común de la campaña contra los submarinos en el Mediterráneo. Pero muy

pronto, ya a finales de abril, los italianos manifestaron sus primeras quejas: mandaban las informaciones que se les solicitaban y no volvían a saber nada más del asunto. Es más, a su vez, muchas de sus peticiones de información quedaban sin respuesta.⁴⁸ Había que replantearse este sistema —vendrían a decir desde Roma—, pero el caso era que algunas de las alegaciones de sus colegas, franceses e ingleses, eran razonables: Italia no estaba en guerra contra Alemania y la mayor parte de las informaciones que podían ser compartidas tenían que ver con la red de espionaje establecida por este país en España. Por tanto, las informaciones podían tener ida, pero no vuelta.

Las campañas submarinas alemanas del verano y otoño de 1916 sirvieron también para incrementar el valor estratégico de España y, en consecuencia, el perfeccionamiento y alargamiento de las estructuras de información creadas apenas unos meses antes. A lo largo de 1917 los servicios de información se asentaron más firmemente sobre el territorio y el último año de la guerra fue el momento de mayor actividad, de una actuación más agresiva contra el enemigo, apoyándose en una coordinación de esfuerzos como nunca antes se había conseguido. Al finalizar la guerra, las estructuras creadas en España fueron lentamente desmantelándose pero muchos de los ya ex-agentes y colaboradores, también entre los que habían llegado de fuera, decidieron establecerse en España. Durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial no pocos de ellos tendrán la oportunidad de demostrar toda la experiencia adquirida en España durante la Gran Guerra.

⁴⁸ AUSSMM, T3, leg. 651, fasc. 2, n° 046769, RESERVADÍSIMO-PERSONAL, Estado Mayor de la Marina, *Ufficio IV*, Almirante Pino Pini, al Agregado Naval de Italia en Madrid, Roma, 6 de mayo de 1916.